

Introducción

Este libro es, como totalidad, tanto la presentación de una investigación sobre el desarrollo de la conciencia individual y de la conciencia social del niño, como un ensayo sobre culturalización y cambio cultural.

Pensamos que la existencia humana tiene lugar en el espacio relacional del conversar. Esto es, consideramos que aunque desde el punto de vista biológico en tanto animales somos *Homo sapiens sapiens*, la clase de animales que somos según nuestro modo de vivir, vale decir, nuestra condición humana, tiene lugar en nuestra manera de relacionarnos unos con otros y con el mundo que configuramos en nuestro vivir mientras realizamos nuestro ser biológico en el proceso de ser seres humanos al vivir en el conversar. Veamos esto con más detalle.

Si atendemos a nuestro vivir cotidiano, notaremos que lo que constituye al lenguaje como fenómeno biológico relacional es un coexistir en interacciones recurrentes bajo la forma de un fluir recursivo de coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, proceso al que de aquí en adelante llamaremos lenguajear (Maturana 1978). Al mismo tiempo también notaremos, que lo que distinguimos cuando distinguimos emociones en nosotros y en otros animales, son **dominios de acciones, clases de conductas**, y que en nuestro vivir fluimos de un dominio de acciones a otro en un continuo emocionar que se entrelaza con nuestro lenguajear. A este entrelazamiento del lenguajear y el emocionar llamamos conversar, y mantenemos que todo el vivir humano se da en redes de conversaciones. Pero, sigamos adelante.

Pensamos, como uno de nosotros ha propuesto en varias publicaciones anteriores (Maturana, 1988 y 1989) que el linaje humano surgió en la historia evolutiva del grupo de primates bípedos a que pertenecemos, cuando **el convivir en el lenguaje comenzó a conservarse** generación tras generación como el modo de convivir que con su conservación definió y constituyó, de allí en adelante, a dicho linaje. También pensamos que cuando esto pasó, y pensamos que esto debe haber pasado cerca de tres millones de años atrás, el vivir en el lenguaje como un convivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, surgió entrelazado con el emocionar, de modo que de hecho, al surgir lo humano, lo que surge en el devenir de nuestros ancestros, es **un vivir en el conversar que se conserva generación tras generación como modo de vivir**. Los seres humanos modernos somos el presente de esa historia, y existimos como el resultado presente de un devenir particular de transformaciones anatómicas y fisiológicas en torno a **la conservación del vivir en el conversar**.

Todo lenguajear ocurre sobre un soporte emocional que puede cambiar con el curso del lenguajear, y al revés, el fluir en el cambio emocional resulta en un cambio en el lenguajear, de modo que de hecho **toda conversar es un convivir consensual en coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones**. Más aún, **es la emoción lo que define a la acción**. Es la emoción desde la cual se hace o se recibe un cierto hacer lo que hace a ese hacer una acción u otra, o lo que le da a ese hacer su carácter como una conducta de una cierta clase o de otra. Nosotros mantenemos, como ya dijimos, que los seres humanos existimos en el lenguaje, y que todo el ser y hacer humano se da, por lo tanto, en el lenguajear entrelazado con el

emocionar que es el conversar. Por lo mismo, mantenemos también que la existencia en el lenguaje hace que cualquier quehacer humano tenga lugar como una red particular de conversaciones que queda definida en su particularidad por el emocionar que define a las acciones que se coordinan en ella (Maturana 1988).

En fin, por todo lo anterior pensamos que **la historia de la humanidad ha seguido y sigue el curso del emocionar**, y en particular el curso de los deseos, y no el de la disponibilidad de recursos naturales, o el curso de las oportunidades materiales, o el curso de las ideas, valores y símbolos, como si estos existiesen como tales en sí mismos. Los recursos naturales existen sólo en la medida en que deseamos lo que distinguimos como recursos naturales. Lo mismo sucede con las ideas, con los valores o con los símbolos como elementos que guían nuestro vivir, que lo son sólo en tanto que aceptamos aquello que connotan o representan. Esto quiere decir que una vez que los recursos naturales, los valores, las ideas, o los símbolos, aparecen en nuestras distinciones como factores o elementos que guían el curso de nuestro vivir, ya ha surgido antes de alguna manera independiente de ellos el emocionar que los hizo posibles como tales guías de nuestro vivir. Ahora, es precisamente porque pensamos de esta manera, que pensamos que **para comprender el curso de nuestra historia como seres humanos, debemos mirar el curso histórico del emocionar humano**, y que para revelar tal curso, debemos mirar al cambio de conversaciones que surge del cambio en el emocionar, así como a las circunstancias que dan origen y estabilizan en cada caso a un nuevo emocionar.

Uno de nosotros, la Dra. Verden—Zöller, muestra, en uno de los ensayos incluidos en este libro, que el niño o niña crea su espacio psíquico como su espacio relacional, al vivir en la intimidad de su contacto corporal con su madre como **simple resultado del convivir en total aceptación y confianza mutua en ese contacto corporal**, y no porque le sea directamente enseñado. En este proceso el niño o niña aprende el emocionar y la dinámica relacional fundamental que va a constituir el espacio relacional que él o ella generará en su vivir, esto es, lo que él o ella hará, oír, oler, tocar, ver, pensar, temer, desear y rechazar, como aspectos obvios de su vivir individual y social como miembro de una familia y una cultura. El curso que la historia humana sigue generación tras generación, por lo tanto, es el curso que sigue generación tras generación el emocionar adquirido de hecho por los niños y niñas al crecer en relación con sus progenitores, con otros adultos, con otros niños, y con el mundo circundante no humano. En estas circunstancias, para comprender el cambio cultural, debemos comprender el cambio histórico del emocionar humano en relación con el crecimiento de los niños.

En este libro nosotros sostenemos que una cultura es una red cerrada de conversaciones, que **el cambio cultural ocurre como un cambio de conversaciones** en la red de conversaciones que la comunidad que cambia vive, y que tal cambio surge se sustenta y mantiene, en el cambio del emocionar de los miembros de la comunidad que cambia.

De acuerdo a esto pensamos que el patriarcado surgió precisamente así, como un cambio en la configuración del emocionar que constituía el fundamento relacional de la cultura matrística preexistente.

El resultado fue un cambio en el pensar, en el gustar, en el oír, en el ver, en el temer, en el desear en el relacionarse..., en suma en los valores conservados generación tras generación esto es, el patriarcado surgió, según lo que nosotros pensamos, a través de un **cambio en el espacio psíquico que vivían los niños y niñas en crecimiento.**

Nada ocurre en el devenir de los seres vivos como entes biológicos porque sea benéfico. Estos adjetivos se aplican sólo en **el ámbito de los valores, es decir, en el ámbito de los comentarios que un observador puede hacer sobre las consecuencias y las justificaciones de las preferencias humanas.**

Uno de los errores más grandes que cometemos, tanto científicos como filósofos, es el usar a las consecuencias de un proceso como argumento para explicar o justificar su origen.

Al hacer esto hablamos como si el futuro fuese causa del pasado o del presente.

Los procesos históricos no ocurren así, en los procesos históricos el futuro es un resultado, y no surge porque sea necesario, ventajoso o benéfico.

Así, la diversificación de los seres vivos en la historia de la biosfera es el resultado de la conservación de tantas maneras diferentes de vivir como las que resultaron espontáneamente conservadas generación tras generación simplemente porque así sucedió.

Es debido a que como seres vivos actuales existimos en el frente de avance de un tal proceso histórico, que nos pasa que al construir la historia para explicar nuestro presente, el pasado surge engañosamente ante nosotros como un proceso direccional en el que todo lleva hacia ese presente.

La historia de los seres vivos no es un proceso de progreso o de avance hacia algo mejor, **es sólo la historia de conservación de los distintos modos de vivir que se conservaron** porque los organismos que los vivieron, vivieron hasta su reproducción. La historia cultural humana es un fenómeno de la misma clase, y de allí la gran diversidad de culturas que han surgido como **distintos modos de convivir** en el devenir de la humanidad.

La **manera de convivir conservada** generación tras generación desde la constitución de una cultura como un linaje, o como un sistema de linajes en los que se conserva un cierto modo de convivir, queda definida de manera fundamental por la configuración del emcionar que define a la red de conversaciones que se vive como el dominio particular de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones que constituye a dicha cultura como modo de convivir

Por esto, cada vez que comienza a conservarse generación tras generación una nueva configuración en el emcionar de una familia que los niños aprenden espontáneamente en el simple hecho de vivir en ella, surge una nueva cultura.

La nueva configuración del emcionar que funda a la nueva cultura sin embargo no se conserva porque sea ventajosa o buena, **sólo sucede que se conserva**, y que en tanto se conserva, la nueva cultura persiste y tiene historia.

Dicho en otras palabras **una nueva cultura surge en una dinámica sistémica** en la que la red de conversaciones que la comunidad en cambio cultural vive, cambia guiada y acotada precisamente por la nueva configuración del emcionar que comienza a conservarse en el aprendizaje de los niños.

Aún en otras palabras en la medida que los niños aprenden a vivir en el nuevo emcionar y a crecer en él, hacen a ese nuevo emcionar el ámbito en que sus propios hijos vivirán y aprenderán a vivir la red de conversaciones que constituye al nuevo modo de convivir.

En esta dinámica, repetimos, la nueva red de conversaciones que en la sucesión de generaciones constituye a la nueva cultura en el **devenir de una comunidad (familia)**, no surge ni se conserva porque sea mejor, más eficiente, superior, o más ventajosa que la anterior, sino que **resulta conservada** por las circunstancias particulares del vivir de dicha comunidad, y en tanto así sucede todo el vivir de dicha comunidad se hace dependiente de ella.

Por lo anterior, al intentar comprender cómo surgió el patriarcado europeo a que pertenecemos como cultura en el presente, lo que hacernos es mirar a las circunstancias del vivir que hicieron posible el cambio en el emcionar que al mismo tiempo que le dio origen como un modo de convivir, constituyó la dinámica relacional sistémica que llevó a su conservación generación tras generación con independencia de las consecuencias que tuvo.

Al hacer esto, repetimos nuevamente, no hablamos de fuerzas, presiones, ventajas u otros factores que se usan con frecuencia como argumentos para explicar la direccionalidad del devenir histórico, porque, según nosotros, tales nociones no se aplican a la dinámica sistémica del cambio y la conservación cultural.

Así, al hablar del origen del patriarcado **mostramos que éste es un modo de emcionar** que puede ser vivido de muchas maneras diferentes, y que si no reconocemos esto, podemos confundirlo con símbolos, ideas, instituciones o conductas particulares, permaneciendo ciegos ante lo que ocurre en la infancia, sin poder ver **que es el emcionar que los niños aprenden en su infancia** lo que resulta en la conservación del patriarcado como modo de emcionar.

Al presentar los ensayos que este libro contiene, **invitamos a los lectores a hacer un camino reflexivo** que puede llevarlos a ver que nosotros consideramos que la relación materno-infantil

es un fenómeno biológico humano que involucra a la madre no como mujer sino que como adulto en una relación de cuidado para lo cual tanto la mujer como el hombre están biológicamente igualmente dotados.

En otras palabras, invitamos a darse cuenta de que **la maternidad es una relación de cuidado, no una tarea asociada al sexo.**

Pero hay algo más.

También invitamos a darse cuenta de que nosotros consideramos que la sexualidad humana es un aspecto del vivir relacional corporal y espiritual humanos que surge desde la biología como un elemento fundamental en la armonía amorosa de la convivencia que vivimos en el coemocionar, y en el cual la reproducción es un fenómeno ocasional que puede ser evitado.

En este contexto, las consecuencias fundamentales de la sexualidad humana son lazos de intimidad sensual y visionaria, placer en la convivencia, ternura, cuidado por el otro, y una coexistencia amorosa y estética en un modo de convivir en el que el cuidado por los niños puede surgir como un placer sensual y espiritual cuando se vive como una elección y no como un deber.

Invitamos también a darse cuenta de que nosotros pensamos que para que suceda lo anterior, la relación materno—infantil **tiene que vivirse en el juego**, en una intimidad corporal fundada en la total **confianza y aceptación mutua**, no en el control o la exigencia, manera de vivir que abre las compuertas para la extensión de la vida matrística de la infancia a la vida adulta.

Finalmente, este libro, en tanto invitación a la reflexión sobre **los fundamentos de nuestra historia cultural** en una mirada destinada a expandir la comprensión de lo humano, es también una **invitación a la participación responsable en la modulación de esa historia** según como deseemos vivir, más bien que según como pensamos que deberíamos hacerlo.

Después de todo, es de acuerdo a **como vivamos nuestro emocionar**, y en particular nuestros deseos, y no según nuestro razonar, cómo vivirán nuestros hijos y qué mundo generaremos, ellos y nosotros, al transformamos haciendo la historia en nuestro vivir.

Algunas palabras acerca de nuestra biología.

Nada puede suceder en nosotros, o sucedemos a nosotros los seres humanos, que no sea permitido por nuestra biología; y, al mismo tiempo, nuestra biología no determina lo que nos sucede a lo largo del vivir.

Para que algo ocurra en un ser vivo debe haber historia, es decir, debe haber un devenir del ser vivo en un ámbito de interacciones que le es operacionalmente independiente.

Es por esto que en un sentido estricto no se puede hablar de determinismo biológico. Los seres humanos somos entes biológicos (*Homo sapiens sapiens*) que existimos en un espacio biológico

cultural, y como entidades biológicas *Homo sapiens sapiens*, hombres y mujeres somos sexualmente clases distintas de animales.

Esta diferencia, sin embargo, no determina cómo diferimos o debiéramos diferir culturalmente como hombres y mujeres, ya que como entidades biológicas de ser cultural, hombres y mujeres somos seres humanos iguales, es decir, hombres y mujeres somos igualmente capaces de todo lo humano. Las diferencias de género (masculino y femenino) son sólo formas culturales particulares de vivir, redes particulares de conversaciones, y es por esto que los distintos valores que nuestra cultura patriarcal confiere a las diferencias de género no tienen fundamento biológico.

En otras palabras, las diferencias sexuales de hombre-mujer son biológicas, **pero cómo las vivimos es un fenómeno cultural**, y las diferencias de género masculino—femenino propias de nuestra cultura patriarcal, pertenecen a cómo vivimos culturalmente nuestras diferencias biológicas de hombres y mujeres desde un fundamento de igualdad en nuestro ser biológico cultural.

Más aún, la igualdad de hombre y mujer en el ser biológico cultural, no niega las diferencias biológicas de los sexos masculino y femenino. Entender esto es fundamental para comprender las consecuencias posibles que los distintos modos de vivir cultural tienen.

Así, no debemos ignorar que así como **la historia cultural sigue el camino de la manera de vivir que se conserva, la manera de vivir que se conserva** en una cultura guía el curso que la biología sigue en la historia, y cómo se transforma según ese vivir.

La humanidad comenzó hace más o menos tres millones de años con la conservación generación tras generación de una manera de vivir en **conversaciones que involucraban la colaboración de los dos sexos** en el vivir cotidiano a través del compartir alimentos, ternura y sensualidad de hecho, sin reflexión y como un aspecto natural de ese vivir, y nuestra biología actual es como es en el presente de esa historia.

Aún algo más sobre nuestro ser biológico cultural. La colaboración no es obediencia: la colaboración tiene lugar en la realización espontánea de conductas coherentes por dos o más seres vivos. En estas circunstancias, **la colaboración** es un fenómeno puramente biológico cuando no involucra un acuerdo previo, y cuando lo involucra, es un fenómeno humano.

La colaboración surge en un deseo espontáneo que lleva a una acción que resulta concertada desde el placer; en la colaboración no hay división del trabajo.

La emoción involucrada en la división del trabajo es la obediencia.

De modo que **la mayor parte de la historia de lo humano debe haber transcurrido en la colaboración de los sexos**, no en la división del trabajo que vivimos en nuestra cultura patriarcal como separación sexual de los quehaceres.

En otras palabras, es la emoción bajo la cual hacemos lo que hacemos como hombres y mujeres, lo que hace o no a nuestro quehacer una actividad asociada al género masculino o femenino de acuerdo a la separación valorativa propia de nuestra cultura patriarcal que niega la colaboración.

En este libro hablamos de lo que sucede en las relaciones materno—infantiles como una actividad independiente del género.

Esto es, hablamos de lo que los estudios, de uno de nosotros (Dra. Verden—Zöller 1978, 1979 y 1982) revelan de la biología de la humanización aunque lo humano sea una condición cultural.

Pero, al mismo tiempo, hacemos esto revelando lo que implica llegar a ser un ser humano socialmente integrado como un fenómeno biológico en un vivir social que es cultural. En otras palabras, revelamos las condiciones biológicas del proceso de humanización en cualquier cultura, dejando ver que el tipo de ser humano que se llega a ser en cada caso, es algo propio de la cultura en que se crece. No estamos biológicamente obligados a ser seres humanos de un tipo u otro.

No podemos predeterminar que un niño crezca como un ser que vive en el respeto por sí mismo y por el otro llegando a ser un adulto socialmente responsable, especificando algunos aspectos del medio que van a controlar su desarrollo al comienzo de su vida y a forzarlo a conducirse así.

Tampoco podemos, restringiendo de una manera u otra la conducta de un niño, forzarlo a que llegue a ser un adulto que vive en el autorrespeto y el respeto por el otro. El respeto forzado niega el respeto.

El niño debe vivir en la dignidad de ser respetado y de respetar al otro para llegar a ser un adulto que se respeta a sí mismo y respeta al otro viviendo como un ser con responsabilidad social, cualquiera sea el tipo de vida que le toque vivir, y sabemos, a partir del trabajo que presentamos en este libro, que para que esto pase debe respetarse la biología de la relación materno infantil. O, lo que es lo mismo, el niño o niña debe crecer en la biología del amor y no en la biología de la exigencia y la obediencia.

Pero en este comprender la relación materno infantil, debemos comprender que una mujer no necesita tener hijos para ser mujer y que un hombre no necesita participar en la procreación de un hijo o hija para ser hombre.

La maternidad femenina o la maternidad masculina es un fenómeno cultural que puede o no vivirse en coherencia con sus fundamentos biológicos, y las consecuencias son diferentes para cada caso. Pero, porque la maternidad es un fenómeno cultural, la procreación está abierta a la elección, y porque la procreación está abierta a la elección, podemos vivirla o no vivirla según nuestra elección y ser culturalmente responsables con respecto a ella.

Ahora, unas pocas palabras sobre la subordinación de la mujer al hombre en nuestra cultura patriarcal.

Nosotros no pensamos que lo que define o constituye al patriarcado sea la relación de sometimiento o subordinación de la mujer al hombre, y por lo tanto, no pensamos que tal relación sea primaria en el origen del patriarcado. Nosotros pensamos que el empujón que constituye a la apropiación (impedir el acceso normal de otro ser a algo que le es naturalmente legítimo), al poder y a la obediencia (negación de sí mismo y negación del otro a cambio de conservar algo), a la jerarquía y a la autoridad (negación del otro y de sí mismo aceptada ante un argumento trascendental de carácter racional, espiritual, o místico), a la amistad y a la enemistad, junto con el deseo de control (la negación del otro en la falta de confianza), debe haberse establecido como un aspecto de la manera cotidiana de vivir antes que las mujeres hayan podido ser sometidas y esclavizadas en el medio patriarcal de modo que sus hijos hayan podido llegar a ser adultos que aceptaban la esclavización de sus madres como algo natural.

El hacer algo por otro o para otro no constituye subordinación o servidumbre, es la emoción bajo la cual se hace o se recibe lo que se hace lo que constituye a ese hacer como lo uno o lo otro.

Los europeos u occidentales modernos, pensamos y hablamos desde la cultura patriarcal a que pertenecemos, pensamos y hablamos desde el espacio psíquico patriarcal, y no nos resulta fácil ver a otra cultura en sus propios términos. Por esto, como gente patriarcal no podemos imaginar la separación de las actividades del hombre y la mujer como algo diferente de aquello que evoca la noción de división del trabajo como noción patriarcal que se usa, en general, para justificar la subordinación de un ser humano a otro, y en particular, para justificar la subordinación de la mujer al hombre bajo el argumento de los roles masculino y femenino.

Y así como describimos las actividades masculinas y femeninas de otras culturas con el discurso de la división del trabajo de nuestra cultura patriarcal, vivimos, la mayor parte de las veces, las relaciones entre hombres y mujeres de otras culturas como vivimos la división del trabajo de hombres y mujeres en nuestra cultura patriarcal, cualquiera sea el empujón que ellos y ellas viven allí.

Pero hay algo más.

Como el respeto por sí mismo y el respeto por el otro surgen en relaciones de aceptación mutua en el encuentro corporal en el ámbito de una confianza mutua total como mostramos en este libro, el abuso (uso forzado) y la mutilación del cuerpo de una persona por otra violando esta confianza mutua fundamental, destruye en la persona abusada el respeto por sí misma y su posibilidad de participar en la dinámica del respeto mutuo que constituye a la coexistencia social.

La pérdida del respeto por sí mismo y la pérdida del respeto por el otro involucrado en tales acciones, destruyen la identidad social y la dignidad individual de un ser humano como aspectos de su dinámica biológica, y surge en él o ella una desolación que sólo puede curarse a través de la recuperación del respeto por sí mismo y el respeto por el otro en la misma u otra nueva comunidad humana.

La destrucción del respeto por sí mismo mediante el abuso corporal resulta en la aceptación de una situación de subordinación por el abusado. Pero, para que se dé la aceptación de la subordinación como una relación legítima, tanto por el abusador como por el abusado, ambos deben vivir en el espacio psíquico de la apropiación.

Nosotros mantenemos que tal manera de vivir en nuestra cultura occidental surgió con el patriarcado en la manera que proponemos en este libro con **el establecimiento de la vida pastoral**.

También pensamos que el que las mujeres hayan aceptado como una condición legítima de convivencia la dominación y abuso por el hombre en tanto patriarca, y hayan pasado a ser la fuente principal de servidumbre y esclavitud en nuestra cultura, es una consecuencia de la expansión del espacio psíquico del patriarcado a través de la apropiación de las mujeres patriarcales y no patriarcales en la guerra, y su subordinación mediante la sexualidad y el trabajo forzados.

En otras palabras, pensamos que a través del empujar de la apropiación el patriarcado crea el espacio psíquico que hace posible la destrucción de la colaboración fundamental de hombres y mujeres propia de la vida matrística.

También pensamos que la servidumbre y esclavitud de la mujer surgen de hecho en la expansión del patriarcado, en la guerra y en la piratería que resulta del crecimiento de la población que trae consigo la valoración de la procreación que éste implica, y pensamos también, como proponemos en este libro, que la servidumbre y esclavitud de la mujer es secundaria al patriarcado, y no un factor generador de éste.

Pero,

¿cuál es la temporalidad del cambio cultural?

El cambio cultural puede ser rápido o lento, el tiempo del cambio cultural no puede ser especificado a priori, y el cambio cultural ocurre sólo en tanto se da el cambio en el empujar que asegura la conservación de la nueva red de conversaciones que constituye a la nueva cultura.

¿Cómo ocurre esto?

Varía con las distintas circunstancias históricas, pero la conservación del nuevo emocional debe ocurrir a través de los niños de la comunidad, de modo que el como vivimos con nuestros niños es a la vez tanto la fuente y el fundamento del cambio cultural, como el mecanismo que asegura la conservación de la cultura que se vive.

Los seres humanos existimos en un dominio relacional que constituye nuestro espacio psíquico como el ámbito operacional en el que todo nuestro vivir biológico, toda nuestra fisiología, hace sentido como forma de vivir humano.

El espacio psíquico, como el dominio en el que tiene lugar la existencia humana como el modo de relacionarse con otros y consigo mismo que tienen los seres humanos como seres que existen en el conversar, se aprende de hecho al vivir en él la multidimensionalidad del vivir humano viviendo como humano.

Como hemos dicho, al niño no se le enseña el espacio psíquico de su cultura, él o ella se hace en él.

El patriarcado es un modo de vivir, un espacio psíquico.

Si queremos recuperar la igualdad colaborativa de la relación hombre-mujer de la vida matrística, **tenemos que generar un espacio psíquico neomatrístico** en el que hombres y mujeres surjan como iguales colaboradores en el vivir de hecho, sin esfuerzo, como simple resultado de su crecimiento como niños en ese espacio psíquico en el que las diferencias de sexo son sólo diferencias de sexo. Para que esto ocurra, debemos vivir como hombres y mujeres que viven como colaboradores iguales a través de una coinspiración en la que hombres y mujeres, mujeres y hombres, coparticipan en la creación de una convivencia mutuamente acogedora y liberadora que se prolonga desde la infancia a la vida adulta.

H. Maturana Romesin - Gerda Verden—Zöller

Referencias

- Maturana H.R., 1978 "Biology of language: The epistemology of reality", en *Psychology and biology of language and thought*, pp. 27-63. Editado por George A. Miller y Elizabeth Lenneberg.
- Maturana H.R., 1988 "Ontología del conversar".
Revista Terapia Psicológica 7 (1 O) 15—21
Santiago de Chile.
- Maturana H.R., 1989 "Lenguaje y realidad: el origen de lo humano".
Arch. Biol. Med. Exp. 22: 77—81

- Verden-Zöller C., 1978 Materialien zur Gabi-Studie.
Universität Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöller C., 1979 Der imaginäre Raum.
Universität Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöller C., 1982 Feldforschungs - bericht: Das Wolfstein - Passauer - Mutter - Kind
- Modell. Einführung in die Ökopsychologie der frühen Kindheit.
Archiv des Bayerischen Staatsministeriums für Arbeit und
Sozialordnung, München.

Conversaciones Matrísticas y Patriarcales*

* La palabra matrístico está usada en el título y en el texto de este ensayo con el propósito de connotar una situación cultural en la que la mujer tiene una presencia mística que implica la

Contenidos:

Presentación

Introducción

¿Qué es una cultura?

Cambio cultural

Cultura matrística y cultura patriarcal

- a) Cultura patriarcal
- b) Cultura matrística

Emocionar

- a) Emocionar patriarcal
- b) Emocionar matrístico

Origen del patriarcado

Democracia

- a) Origen
- b) Ciencia y Filosofía
- c) Democracia ahora

Reflexiones finales

Presentación

Este ensayo es el resultado de varias inspiradas e iluminadoras conversaciones que he tenido con la Dra. Verden-Zöller en las cuales aprendí mucho sobre la relación materno - infantil y comencé a preguntarme por la participación del cambio emocional en el cambio cultural. Pero eso no es todo. Esas conversaciones me llevaron también a atender a las relaciones hombre -

coherencia sistémica acogedora y liberadora de lo maternal fuera de lo autoritario y lo jerárquico. La palabra matrístico, por lo tanto, es contraria a la palabra patriarcal, que significa lo mismo que la palabra patriarcal, en una cultura en la cual las mujeres tienen el rol dominante. En otras palabras y como se verá a lo largo de este ensayo, la palabra matrístico está usada en él intencionalmente para referirse a una cultura en la cual hombres y mujeres pueden participar de un modo de vida centrado en una cooperación no jerárquica. precisamente porque la figura femenina representa la conciencia no jerárquica del mundo natural a que pertenecemos los seres humanos en una relación de participación y confianza, no de control ni autoridad y en la cual la vida cotidiana es vivida en una coherencia no jerárquica con todos los seres vivientes, aún en la relación predador-presa.

mujer de una manera independiente de las particularidades de la perspectiva patriarcal, y a ver cómo surgen en la constitución del espacio relacional del niño o niña en crecimiento. Por todo esto le estoy agradecido y reconozco su participación en el origen de muchas de las ideas que este trabajo contiene.

Introducción

Este ensayo es una invitación a reflexionar sobre la clase de mundo que vivimos los seres humanos modernos y a hacerlo a través de mirar los fundamentos emocionales de nuestro vivir. La vida humana, como toda vida animal, es vivida en el fluir emocional que constituye en cada instante el escenario básico desde el cual surgen nuestras acciones. Más aún, pienso que son nuestras emociones (deseos, preferencias, miedos, ambiciones...), lo que determina en cada instante lo que hacemos o no hacemos, no nuestra razón, y que cada vez que afirmamos que nuestra conducta es racional, los argumentos que esgrimimos en nuestra afirmación ocultan los fundamentos emocionales sobre los cuales ésta se apoya, así como aquellos desde los cuales surge nuestra supuesta conducta racional. Pienso, al mismo tiempo, que los miembros de distintas culturas viven, se mueven y actúan de manera distinta, llevados por configuraciones diferentes en su emocionar que determinan en ellos distintos modos de ver y no ver, distintos significados en lo que hacen y no hacen, distintos contenidos en sus simbolizaciones, y distintos cursos en su pensar, como modos distintos de vivir. Y, por esto mismo, pienso también, que son los distintos modos de emocionar de las distintas culturas lo que de hecho las hace distintas como ámbitos de vida diferentes.

Finalmente, considero que si atendemos a los fundamentos emocionales de nuestra cultura, cualquiera que ésta sea, podremos entender mejor lo que hacemos y lo que no hacemos como miembros de ella, y, tal vez, al darnos cuenta de los fundamentos emocionales de nuestro ser cultural, podremos también, dejar que nuestro entendimiento y nuestro darnos cuenta influyeran nuestras acciones al cambiar nuestro emocionar con respecto a nuestro ser cultural.

¿Qué es una cultura?

Los seres humanos surgimos en la historia de la familia de primates bípedos a que pertenecemos, cuando el lenguaje como una manera de convivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, dejó de ser un fenómeno ocasional, y al conservarse generación tras generación en un grupo de ellos, se hizo parte central de la manera de vivir que definió de allí en adelante a nuestro linaje. Esto es, y dicho más precisamente, pienso que el linaje a que pertenecemos como seres humanos, surgió cuando la práctica de la convivencia en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales que constituye al lenguaje, comenzó a ser conservada de manera transgeneracional, al ser aprendida, generación tras generación, como parte de la práctica cotidiana del convivir por las formas juveniles de ese grupo de primates. Más aún, pienso que al surgir el lenguaje como un modo de operar en el convivir, surgió necesariamente entrelazado con el emocionar, constituyendo de hecho al vivir en el lenguaje, en un convivir en coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones que

yo llamo conversar (ver Maturana 1988). Por esto pienso que, en un sentido estricto, lo humano surgió cuando nuestros ancestros comenzaron a vivir en el conversar como una manera cotidiana de vivir que se conservó generación tras generación en el aprendizaje de los hijos.

Y pienso, también, que al surgir lo humano en la conservación transgeneracional del vivir en el conversar, todas las actividades humanas surgieron como conversaciones (redes de coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales entrelazadas con el emocionar), y que, por lo tanto, todo el vivir humano consiste en un vivir en conversaciones y redes de conversaciones. En otras palabras, lo que digo es que en tanto lo que nos constituye como seres humanos es nuestro existir en el conversar, todas las actividades y quehaceres humanos tienen lugar como conversaciones y redes de conversaciones, y que aquello que un observador dice que un *Homo sapiens sapiens* hace fuera del conversar, no es una actividad o hacer humano. Así, el cazar, el pescar, el atender un rebaño, el cuidado de los niños, la veneración, el construir casas, el hacer alfarería, la medicina... como actividades humanas son diferentes clases de conversaciones, y consisten como tales en distintas redes de coordinaciones de coordinaciones consensuales de acciones y emociones.

La emociones preexisten al lenguaje en la historia del origen de la humanidad porque como distintos modos de moverse en la relación, son constitutivas de lo animal. Cada vez que los seres humanos distinguimos una emoción en nosotros o en otro animal, humano o no, hacemos una apreciación de las acciones posibles de ese ser, y las diferentes palabras que usamos para referirnos a diferentes emociones, denominan respectivamente los distintos dominios de acción en que nosotros o los otros animales nos movemos o podemos movernos. Así, al hablar de amor, miedo, vergüenza, envidia, enojo... connotamos dominios de acciones diferentes, y actuamos en el entendimiento de que en cada uno de ellos un animal o persona sólo puede hacer ciertas cosas y no puede hacer otras. De hecho, yo mantengo que la emoción define la acción, y que hablando en un sentido biológico estricto, lo que connotamos cuando hablamos de emociones, son distintas disposiciones corporales dinámicas que especifican en cada instante la acción que un cierto movimiento o una cierta conducta es. De acuerdo a esto, yo mantengo que es la emoción bajo la cual tiene lugar o es recibida una conducta o un gesto lo que hace a esa conducta una acción u otra, como por ejemplo, una invitación o una amenaza. Se sigue de esto que si queremos comprender lo que sucede en cualquier conversación, tenemos que ver la emoción que especifica el dominio de acciones en el cual las coordinaciones de coordinaciones de acciones que la conversación implica tienen lugar. Por lo tanto, para entender lo que sucede en una conversación tenemos que prestar atención al entrelazamiento del emocionar y el lenguajear que ésta involucra. Más aun, tenemos que hacerlo dándonos cuenta de que el lenguajear tiene lugar en cada instante como parte de una conversación en progreso, o surge sobre un emocionar ya presente. Como resultado de esto, el significado de las palabras, esto es las coordinaciones de acciones y de emociones que ellas implican como elementos en el fluir del conversar a que pertenecen, cambia con el fluir del emocionar; y viceversa, el fluir del emocionar cambia con el fluir de las coordinaciones de acciones, y, por lo tanto, al cambiar el significado de las palabras, cambia el fluir del emocionar. Debido al continuo entrelazamiento del lenguajear y el emocionar que involucra el conversar, las conversaciones recurrentes estabilizan el emocionar que implican. Al mismo tiempo, debido a este mismo entrelazamiento

del lenguajear y el emocionar, cambios en las circunstancias del vivir que cambian el conversar, implican cambios en el fluir del emocionar, tanto como en el fluir de las coordinaciones de acciones de aquellos que participan en esas conversaciones.

Ahora bien, ¿qué es una cultura desde esta perspectiva?

Yo mantengo que aquello que connotamos en la vida cotidiana cuando hablamos de cultura o de asuntos culturales, es una red cerrada de conversaciones que constituye y define una manera de convivir humano como una red de coordinaciones de emociones y acciones que se realiza como una configuración particular de entrelazamiento del actuar y el emocionar de la gente que vive esa cultura. Como tal, una cultura es constitutivamente un sistema conservador cerrado, que genera a sus miembros en la medida en que estos la realizan a través de su participación en las conversaciones que la constituyen y definen. Se sigue de esto también, que ninguna acción particular, y que ninguna emoción particular, define a una cultura, porque una cultura como red de conversaciones es una configuración de coordinaciones de acciones y emociones.

En fin, de todo esto se sigue que diferentes culturas son distintas redes cerradas de conversaciones, que realizan otras tantas maneras distintas de vivir humano como distintas configuraciones de entrelazamiento del lenguajear y el emocionar. También se sigue, que un cambio cultural es un cambio en la configuración del actuar y el emocionar de los miembros de una cultura, y que como tal tiene lugar como un cambio en la red cerrada de conversaciones que originalmente definía a la cultura que cambia. Por último, debiera ser aparente por lo que acabo de decir, que los bordes de una cultura como manera de vivir son operacionales, y que surgen con su establecimiento y, al mismo tiempo, debiera ser también aparente que la pertenencia a una cultura es una condición operacional, no una condición constitutiva o propiedad intrínseca de los seres humanos que la realizan, y que cualquier ser humano puede pertenecer a diferentes culturas en diferentes momentos de su vivir, según las conversaciones en las que él o ella participe en esos distintos momentos.

Cambio cultural

En la medida en que una cultura como manera de vivir humana es una red cerrada de conversaciones, una cultura surge tan pronto como en una comunidad humana comienza a conservarse una red particular de conversaciones como la manera de vivir de esa comunidad, y desaparece o cambia cuando tal red de conversaciones deja de ser conservada. Dicho de otra manera, en la medida en que una cultura como una red particular de conversaciones es una configuración particular de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones (un entrelazamiento particular del lenguajear y el emocionar), una cultura surge cuando una comunidad humana comienza a conservar generación tras generación una nueva red de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones como su manera propia de vivir, y desaparece o cambia cuando la red de conversaciones que la constituye deja de conservarse. Por lo tanto, para entender el cambio cultural, debemos ser capaces tanto de caracterizar a la red cerrada de conversaciones que como práctica cotidiana de coordinaciones de acciones y emociones entre los miembros de una comunidad particular constituyen la cultura que esa

comunidad vive, como de reconocer las condiciones de cambio emocional bajo las cuales las coordinaciones de acciones de una comunidad pueden cambiar de modo que surja en ella una nueva cultura.

Cultura matrística y cultura patriarcal

Consideraré ahora dos casos particulares: uno, la cultura básica en la cual los seres humanos modernos occidentales estamos inmersos, la cultura patriarcal europea, el otro, la cultura que sabemos ahora (Gimbutas, 1982 y 1991) la precedió en Europa, y que vamos a llamar cultura matrística. Como tales, estas dos culturas constituyen dos modos diferentes de vivir las relaciones humanas, y, según lo dicho antes, las redes de conversaciones que las caracterizan realizan dos configuraciones de coordinaciones de acciones y emociones distintas que abarcan todas las dimensiones de ese vivir.

A continuación, describiré estas dos culturas en términos más bien coloquiales, haciendo referencia al distinto operar en la vida cotidiana de sus miembros en el ámbito de las relaciones humanas, pero antes quiero hacer algunas consideraciones generales en relación a la vida cotidiana.

Yo pienso que la historia de la humanidad ha seguido y sigue un curso determinado por las emociones y en particular por los deseos y preferencias. Son nuestros deseos y preferencias lo que en cualquier momento determina lo que hacemos o no hacemos, no la disponibilidad de lo que hoy connotamos al hablar de recursos naturales u oportunidades económicas, y que tratamos como condiciones del mundo cuya existencia sería independiente de nuestro hacer. Nuestros deseos y preferencias surgen en nosotros en cada instante en el entrelazamiento de nuestra biología y nuestra culturas determinando en cada instante nuestras acciones, y, por lo tanto, qué constituye un recurso, qué constituye una posibilidad, o qué constituye una oportunidad en ese instante.

Más aún, yo sostengo que, siempre actuamos según nuestros deseos, aún cuando parece a veces que actuamos en contra de algo, o forzados por las circunstancias: siempre hacemos lo que queremos, ya sea directamente porque nos gusta hacer lo que hacemos, o indirectamente porque queremos las consecuencias de nuestra acciones aunque éstas no nos gusten. Y sostengo además, que si no comprendemos esto, no podemos comprender nuestro ser cultural, porque al no entender que nuestras emociones constituyen y guían nuestras acciones en nuestro vivir, no tenemos elementos conceptuales para entender la participación de nuestras emociones en lo que hacemos como miembros de una cultura, y no comprendemos el curso de nuestras acciones en ella. En fin, yo también mantengo que si no entendemos que el curso de las acciones humanas sigue el curso de las emociones, no podemos entender el curso de la historia de la humanidad.

Caractericemos ahora a la cultura patriarcal y a la cultura matrística en términos de las conversaciones básicas que las constituyen a partir de cómo éstas aparecen en lo que hacemos en nuestra vida cotidiana.

a) Cultura patriarcal:

Los aspectos puramente patriarcales de la manera de vivir de la cultura patriarcal europea a la cual pertenece gran parte de la humanidad moderna, y que de aquí en adelante llamare cultura patriarcal, constituyen una red cerrada de conversaciones caracterizada por las coordinaciones de acciones y emociones que hacen de nuestra vida cotidiana un modo de coexistencia que valora la guerra, la competencia, la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder, la procreación, el crecimiento, la apropiación de los recursos, y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de la verdad.

Así, en nuestra cultura patriarcal hablamos de luchar en contra de la pobreza y el abuso cuando queremos corregir lo que llamamos injusticias sociales, o de luchar contra la contaminación cuando hablamos de limpiar el medio ambiente, o de enfrentar la agresión de la naturaleza cuando nos encontramos ante un fenómeno natural que constituye para nosotros un desastre, y vivimos como si todos nuestros actos requiriesen del uso de la fuerza, y como si cada ocasión para una acción fuese un desafío.

En nuestra cultura patriarcal vivimos en la desconfianza, y buscamos certidumbre en el control del mundo natural, de los otros seres humanos, y de nosotros mismos. Continuamente hablamos de controlar nuestra conducta o nuestras emociones y hacemos muchas cosas para controlar la naturaleza o la conducta de otros en el intento de neutralizar lo que llamamos fuerzas antisociales y naturales destructivas que surgen de su autonomía.

En nuestra cultura patriarcal no aceptamos los desacuerdos como situaciones legítimas que constituyen puntos de partida para una acción concertada frente a un propósito común, y debemos convencernos y corregirnos unos a otros, y solamente toleramos al diferente en la confianza de que eventualmente podremos llevarlo a él o a ella por el buen camino que es el nuestro, o hasta que podamos eliminarlo o eliminarla bajo la justificación de que esta equivocado.

En nuestra cultura patriarcal vivimos en la apropiación, y actuamos como si fuese legítimo establecer por la fuerza bordes que restringen la movilidad de los otros en ciertas áreas de acciones que antes de nuestra apropiación eran de su libre acceso. Más aún, hacemos esto mientras retenemos para nosotros el privilegio de movernos libremente en esas áreas, justificando nuestra apropiación de ellas mediante argumentos fundados en principios y verdades de las que también nos hemos apropiado. Así hablamos de recursos naturales en un acto que nos ciega frente a la negación del otro que nuestro deseo de apropiación implica.

En nuestra cultura patriarcal, repito, vivimos en la desconfianza de la autonomía de los otros, y estamos apropiándonos todo el tiempo del derecho a decidir lo que es legítimo o no para ellos en un continuo intento de controlar sus vidas. En nuestra cultura patriarcal vivimos en la jerarquía que exige obediencia, afirmando que una coexistencia ordenada requiere de autoridad y subordinación, de superioridad e inferioridad, de poder y debilidad o sumisión, y estamos siempre listos para tratar todas las relaciones, humanas o no, en esos términos. Así,

justificamos la competencia, esto es, un encuentro en la mutua negación, como la manera de establecer la jerarquía de los privilegios bajo la afirmación de que la competencia promueve el progreso social al permitir que el mejor aparezca y prospere.

En nuestra cultura patriarcal estamos siempre listos a tratar a los desacuerdos como disputas o luchas, a los argumentos como armas, y describimos una relación armónica como pacífica, es decir, como la ausencia de guerra, como si la guerra fuese la actividad propiamente humana más fundamental.

b) Cultura Matrística*

La cultura matrística prepatriarcal europea, a juzgar por los restos arqueológicos encontrados en la zona del Danubio, los Balcanes y área Egea (ver Marija Gimbutas, 1982), debe haber estado definida por una red de conversaciones completamente diferente a la patriarcal. No tenemos acceso directo a tal cultura, pero pienso que la red de conversaciones que la constituía puede ser reconstruida a partir de lo que es revelado en la vida cotidiana por aquellos pueblos que aún la viven, y por las conversaciones no patriarcales aún presentes en las mallas de la red de conversaciones patriarcales que constituye nuestra cultura patriarcal ahora. Así, pienso que debemos deducir a partir de los restos arqueológicos mencionados, que la gente que vivía en Europa entre siete y cinco mil años antes de Cristo, eran agricultores y recolectores que no fortificaban sus poblados, que no tenían diferencias jerárquicas entre las tumbas de los hombres y las mujeres, o entre las tumbas de los hombres, o entre las tumbas de las mujeres.

También podemos ver que esos pueblos no usaban armas como adornos, y que en lo que podemos suponer eran lugares ceremoniales místicos (de culto), depositaban principalmente figuras femeninas. Más aún, de esos restos arqueológicos podemos también deducir que las actividades cálticas (ceremoniales místicos) estaban centradas en lo sagrado de la vida cotidiana en un mundo penetrado por la armonía de la continua transformación de la naturaleza a través de la muerte y el nacimiento, abstraída bajo la forma de una diosa biológica en la forma de una mujer o de una combinación de mujer y hombre, o de mujer y animal.

¿Cómo vivía este pueblo matrístico? Los campos de cultivo y recolección no eran divididos, nada muestra que se pudiese hablar de la apropiación de ellos. Cada casa tenía un pequeño lugar ceremonial, además del lugar ceremonial de la comunidad. Las mujeres y los hombres se vestían de una manera muy similar a los vestidos que vemos en las pinturas murales minoicas de Creta. Todo indica que vivían penetrados del dinamismo armónico de la naturaleza evocado y venerado bajo la forma de una diosa, y que usaban el crecimiento y decrecimiento de la luna, la metamorfosis de los insectos, y las diferentes formas del vivir de las plantas y de los animales no para representar las características de la diosa como un ser personal, sino que para evocar esa armonía, aunque toda la naturaleza debe haber sido para ellos un continuo recordatorio de que todos los aspectos de su propio vivir compartían su presencia, y estaban así preñados de sacralidad.

En la ausencia de la dinámica emocional de la apropiación, esos pueblos no pueden haber vivido en la competencia, pues las posesiones no eran elementos centrales de la existencia. Además, como bajo la evocación de la diosa madre los seres humanos eran, como todas las criaturas, expresiones de su presencia, y, por lo tanto, iguales, ninguno mejor que los otros, a pesar de sus diferencias, no pueden haber vivido en las acciones que excluían sistemáticamente a algunas personas del bienestar que surgía de la armonía del mundo natural. Pienso por todo esto, que el deseo de dominación recíproca no debe haber sido parte del vivir cotidiano de esos pueblos matrísticos, y que éste vivir debe haber estado centrado en la estética sensual de las tareas diarias como actividades sagradas, con mucho tiempo para contemplar y vivir el vivir su mundo sin urgencia.

El respeto mutuo, no la negación suspendida de la tolerancia o de la competencia escondida, debe haber sido su modo cotidiano de coexistencia en las múltiples tareas involucradas en el vivir de la comunidad. El vivir en una red armónica de relaciones, como aquella que evoca la noción de la diosa, no implica operaciones de control o concesiones de poder a través de la autonegación de la obediencia.

Finalmente, ya que la diosa constituía, como he dicho, una abstracción de la armonía sistémica del vivir, la vida no puede haber estado centrada en la justificación racional de las acciones que implican la apropiación de la verdad. Todo era visible ante la mirada inocente espontánea de aquellos que vivían, como algo constante y natural, en la continua dinámica de transformación de los ciclos de nacimiento y muerte. La vida es conservadora. Las culturas son sistemas conservadores porque son el medio en que se crían aquellos que las constituyen con su vivir al hacerse miembros de ellas al crecer participando en las conversaciones que las realizan.

Así, los niños de esa cultura matrística deben haber crecido en ella con la misma facilidad como nuestros niños crecen en nuestra cultura, y para ellos ser matrísticos en la estética de la armonía del mundo natural, debe haber sido natural y espontáneo. No hay duda de que tienen que haber habido ocasiones de dolor, de enojo, y agresión, pero ellos como cultura, a diferencia de nosotros, no vivían en la agresión, la lucha y la competencia, como aspectos definitorios de su manera de vivir, y el quedar atrapado en la agresión debe haber sido para ellos, por decir lo menos, de mal gusto. Ver también Riane Eisler 1990.

A partir de esta manera de vivir podemos inferir que la red de conversaciones que definía a la cultura matrística no puede haber consistido en conversaciones de guerra, lucha, negociación mutua en la competencia, exclusión y apropiación, autoridad y obediencia, poder y control, bueno y malo, tolerancia e intolerancia, y justificación racional de la agresión y el abuso. Al contrario, las conversaciones de dicha red tienen que haber sido conversaciones de participación inclusión, colaboración, comprensión, acuerdo, respeto y coinspiración. No hay duda, de que la presencia de estas palabras en nuestro hablar moderno indica que las coordinaciones de acciones y emociones que ellas evocan o connotan también nos pertenecen a nosotros ahora, a pesar de nuestro vivir en la agresión. Sin embargo, en nuestra cultura reservamos su uso para ocasiones especiales, porque no connotan para nosotros ahora nuestro modo general de vivir, o las tratamos como si evocasen situaciones ideales y utópicas, más

adecuadas para los niños pequeños del jardín infantil que para la vida seria de los adultos, a menos que la usemos en esa situación tan especial, que es la democracia.

El emocionar

A medida que crecemos como miembros de una cultura, crecemos en una red de conversaciones participando con los otros miembros de ella en una continua transformación consensual que nos sumerge en una manera de vivir que nos hace, y se nos hace espontáneamente natural. Allí, en la medida en que adquirimos nuestra identidad individual y nuestra conciencia individual y social (ver Verden—Zöller 1978, 1979, 1982), seguimos como algo natural el emocionar de nuestras madres y de los adultos con los cuales convivimos, aprendiendo a vivir el flujo emocional de nuestra cultura que hace a todas nuestras acciones, acciones propias de ella.

En otras palabras, nuestras madres nos enseñan, sin saber que lo hacen, y nosotros aprendemos de ellas, en la inocencia de una coexistencia no reflexionada, el emocionar de su cultura, simplemente viviendo con ellas. El resultado es, que una vez que hemos crecido miembros de una cultura particular, todo en ella nos resulta adecuado y evidente, y, sin que nos demos cuenta, el fluir de nuestro emocionar (de nuestros deseos, preferencias, rechazos, aspiraciones, intenciones, elecciones...) guía nuestro actuar en las circunstancias cambiantes de nuestro vivir de manera que todas nuestras acciones son acciones que pertenecen a esa cultura.

Esto, insisto, simplemente nos pasa, y en cada instante de nuestra existencia como miembros de una cultura hacemos lo que hacemos en la confianza de su legitimidad a menos que reflexionemos..., que es precisamente lo que estamos haciendo en este momento. Y, haciéndolo entonces ahora, aunque sólo sea de una manera somera, miremos tanto en el emocionar de la cultura patriarcal europea como de la cultura matrística prepatriarcal, el hilado fundamental de las coordinaciones de acciones y emociones que constituyen las respectivas redes de conversaciones que las definen y constituyen como culturas diferentes.

Sin embargo, aún así nuestra cultura presente tiene sus propias fuentes de conflicto porque está fundada en el fluir de un emocionar contradictorio que nos lleva al sufrimiento o a la reflexión. En efecto, el crecimiento del niño o niña en nuestra cultura patriarcal europea pasa por dos fases oponentes.

La primera tiene lugar en la infancia del niño o niña, mientras él o ella entra en el proceso de hacerse humano y crecer como miembro de la cultura de su madre, en un vivir centrado en la biología del amor como el dominio de las acciones que constituyen al otro como legítimo otro en coexistencia con uno, en un vivir que los adultos desde la cultura patriarcal en que están inmersos ven como un paraíso, como un mundo irreal de confianza, tiempo infinito y despreocupación.

El segundo comienza cuando el niño o niña es empujado o llevado a entrar "en el mundo real", en la vida adulta, y comienza a vivir una vida centrada en la lucha y la apropiación en el continuo

juego de las relaciones de autoridad y subordinación. La primera fase de su vida, el niño o niña la vive como una danza gozosa en la estética de la coexistencia armónica propia de la coherencia sistémica de un mundo que se configura desde la cooperación y el entendimiento.

La segunda fase de su vida en nuestra cultura patriarcal europea, es vivida por el niño o niña que entra en ella, o por el adulto que ya se encuentra allí, como un continuo esfuerzo por la apropiación y el control de la conducta de los otros, luchando siempre en contra de nuevos enemigos y, en particular, hombres y mujeres entran en la continua negación recíproca de su sensualidad y de la sensualidad y ternura de la convivencia. Los emocionales que guían estas dos fases de nuestra vida patriarcal europea son tan contradictorios, que se oscurecen mutuamente. Lo corriente es que el emocioar adulto predomine en la vida adulta hasta que la siempre presente legitimidad biológica del otro se hace presente. Cuando esto pasa, comenzamos a vivir una contradicción emocional que procuramos sobrellevar a través del control o la autodominación, o transformándola en literatura escribiendo utopías, o aceptándola como una oportunidad para una reflexión que vivimos como un proceso que nos lleva a generar un nuevo sistema de exigencias dentro de la misma cultura patriarcal, o a abandonar el mundo refugiándonos en la desesperanza, o a volvernos neuróticos, o a vivir una vida matrística en la biología del amor.

b) Emocionar matrístico

La infancia temprana en una cultura matrística prepatriarcal europea no puede haber sido muy diferente de la infancia en nuestra cultura actual. De hecho pienso, que la infancia temprana como fundamento biológico de nuestro hacernos humanos al crecer en lenguaje, no puede ser muy diferente en las diferentes culturas sin interferir con el proceso normal de socialización del niño.

La emoción que constituye la coexistencia social es el amor, esto es, el dominio de aquellas acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, y nosotros, los seres humanos, nos hacemos seres sociales desde nuestra infancia temprana en la intimidad de la coexistencia social con nuestras madres. Así, el niño que no vive su infancia temprana en una relación de total confianza y aceptación en un encuentro corporal íntimo con su madre, no se desarrolla propiamente como un ser social bien integrado (ver Verden—Zöller, 1978, 1979, 1982).

De hecho, es la manera en que se vive la infancia, y la manera en que se pasa de la infancia a la vida adulta, en relación con la vida adulta de cada cultura, lo que hace la diferencia en las infancias de las distintas culturas. Por todo lo que sabemos de las culturas matrísticas en diferentes partes del mundo, podemos suponer que los niños de la cultura prepatriarcal matrística europea accedían a su vida adulta sumergidos en el mismo emocioar de su infancia, esto es, en la aceptación mutua y en el compartir, en la cooperación, en la participación, en el autorrespeto y la dignidad, en un convivir social que surge y se constituye en el vivir en respeto por sí mismo y por el otro.

Sin embargo, tal vez se pueda decir algo más. La vida adulta de la cultura matrística prepatriarcal europea no puede haber sido vivida como una continua lucha por la dominación y el poder, y no puede haber sido vivida de esa manera, porque la vida no estaba centrada en el control y la apropiación. Si miramos a las figuras ceremoniales de la diosa matrística en sus varias formas podemos verla a ella como una presencia, una corporización, un recordatorio y una evocación del reconocimiento de la armonía dinámica de la existencia. Descripciones de ella en los términos de poder o autoridad o dominación, no se aplican y revelan una mirada a la diosa desde el patriarcado. Las figuras que la muestran antes de la cultura patriarcal como una mujer desnuda con rasgos de pájaros o de serpientes, o simplemente como un cuerpo femenino grueso o voluminoso con cuello y cabeza con las características de un falo, o sin rostro y con las manos apenas sugeridas, muestran, pienso, la conectividad y armonía de la existencia de un vivir que no estaba centrado en la manipulación ni en la reafirmación de un yo.

En la cultura matrística prepatriarcal europea la vida humana tiene que haberse vivido como parte de una red de procesos cuya armonía no dependía exclusiva o primariamente de ningún proceso particular. El pensamiento humano tiene que haber sido entonces naturalmente sistémico manejando un mundo en el que nada era en sí o por sí mismo, y en el que todo, era lo que era en sus conexiones con todo lo demás. El niño debe haber crecido hacia la vida adulta con o sin ritos de iniciación, accediendo a un mundo más complejo que el propio de su infancia, con nuevas actividades y responsabilidades en la medida en que su mundo se expandía, pero siempre en la feliz participación en un mundo que estaba totalmente presente en cualquier aspecto de su vivir. Más aún, los pueblos matrísticos europeos prepatriarcales tienen que haber vivido una vida de responsabilidad total en la conciencia de la pertenencia a un mundo natural. La responsabilidad tiene lugar cuando se es consciente de las consecuencias de las propias acciones y uno actúa aceptando esas consecuencias, cosa que inevitablemente pasa cuando uno se reconoce como parte intrínseca del mundo en que uno vive.

El pensamiento patriarcal es esencialmente lineal y tiene lugar en un trasfondo de apropiación y control, y fluye primariamente orientado hacia la obtención de algún resultado particular porque no atiende primariamente a las interacciones de la existencia. Por esto, el pensamiento patriarcal es sistemáticamente irresponsable. El pensamiento matrístico, por el contrario, tiene lugar en un trasfondo de conciencia de la interconectividad de toda la existencia, y por lo tanto, no puede sino vivirse continuamente en el entendimiento implícito de que todas las acciones humanas tienen siempre consecuencias en la totalidad de la existencia.

En consecuencia, en la medida en que el niño se hacía adulto en la cultura matrística europea prepatriarcal, él o ella tiene que haber vivido la continua expansión de la misma manera de vivir: armonía en el convivir, participación, e inclusión en un mundo y una vida que estaban permanentemente bajo su cuidado y responsabilidad. Nada indica que la cultura matrística europea prepatriarcal se haya vivido con una contradicción interna como la que vivimos en nuestra cultura patriarcal europea actual. La diosa no era un poder o un gobernante sobre los distintos aspectos de la naturaleza que debía ser obedecida en la autonegación, como podemos inclinarnos a pensar desde la perspectiva de nuestra manera de vivir patriarcal centrada en la autoridad y la dominación. Ella era en el pueblo matrístico prepatriarcal europeo la

corporización de una evocación mística del darse cuenta de la coherencia sistémica natural que existe entre todas las cosas, así como de su abundancia armónica, y los ritos realizados en relación a ella tienen que haberse vivido como recordatorios místicos de la continua participación y responsabilidad humana en la conservación de esa armonía.

El sexo y el cuerpo eran aspectos naturales de la vida, no fuentes de vergüenza u obscenidad, y la sexualidad tiene que haberse vivido en la interconectividad de la existencia no primariamente como una fuente de procreación, sino que como una fuente de placer, sensualidad y ternura en la estética de la armonía de un vivir en el que la presencia de todo tenía su legitimidad a través de su participación en la totalidad. Las relaciones humanas no eran relaciones de control o dominación, sino que relaciones de congruencia y cooperación, no en la realización de un gran plan cósmico, pero sí en un vivir interconectado en el cual la estética y la sensualidad eran su expresión normal.

Para esa manera de vivir, un dolor ocasional, un sufrimiento circunstancial, una muerte inesperada, un desastre natural, eran rupturas de la armonía normal de la existencia y una llamada de atención frente a una distorsión sistémica que surgía a través de una ceguera humana que ponía a toda la existencia en peligro.

El vivir de esa manera requiere una apertura emocional a la legitimidad de la multidimensionalidad de la existencia que sólo la biología del amor proporciona. La vida matrística europea prepatrilar, estaba centrada, como el origen mismo de la humanidad, en el amor, y en ella la agresión y la competencia eran fenómenos ocasionales, no modos cotidianos del vivir.

Origen de nuestra cultura patriarcal

Pero, si la cultura matrística europea prepatrilar estaba centrada en el amor y en la estética, en la conciencia de la armonía espontánea de todo lo vivo y lo no vivo en su continuo fluir de ciclos entrelazados de transformación de vida y muerte, ¿cómo pudo surgir la cultura patriarcal como una cultura centrada en la apropiación, la jerarquía, la enemistad, la guerra, la lucha, la obediencia, la dominación y el control? La arqueología nos muestra que la cultura prepatrilar europea fue brutalmente destruida por pueblos pastores patriarcales, que ahora llamamos indoeuropeos, que venían desde el Este, unos 7.000 a 6.000 años atrás. Según esto, el patriarcado no se originó en Europa, aún cuando el patriarcado indoeuropeo que invadía Europa, fue transformado en el patriarcado europeo a través de su encuentro con las culturas matrísticas preexistentes allí. En otras palabras, el patriarcado fue traído a Europa por pueblos invasores cuyos ancestros se habían hecho patriarcales a través de su propia historia de cambio cultural en alguna otra parte, de manera independiente de las culturas matrísticas europeas. Mi propósito en esta sección es reflexionar sobre cómo pudieron darse los cambios culturales que dieron origen al patriarcado en nuestros ancestros indoeuropeos.

Como he dicho en una sección anterior, pienso que una cultura es una red cerrada de conversaciones conservada como una manera de vivir en un sistema de comunidades humanas, y

que para comprender como puede tener lugar el cambio cultural, es necesario mirar las circunstancias que pueden haber dado origen a un cambio en la red de conversaciones que constituye a la cultura en cambio. Más aún, también he dicho que para que se produzca un cambio cultural, el emocionar fundamental que constituye los dominios de acciones de la red de conversaciones que hace a la cultura en cambio, debe cambiar, y que sin cambio en el emocionar, no hay cambio cultural. En otras palabras, yo pienso que para comprender como una cultura particular puede haber cambiado en la historia humana, debemos reconstruir el conjunto de circunstancias bajo las cuales la nueva configuración de emocionar que constituye los fundamentos de la nueva cultura, puede haber comenzado a conservarse de manera transgeneracional como el fundamento de una nueva red de conversaciones en una comunidad humana particular que originalmente no la vivía. Tal comunidad humana puede haber sido tan pequeña como una familia, y el nuevo emocionar no tiene que haber sido inicialmente nada especial como emocionar ocasional.

De hecho, yo pienso que en el origen de una nueva cultura, el nuevo emocionar surge como una variación ocasional y trivial en el emocionar cotidiano propio de la vieja cultura. Más aún, pienso que en este proceso la nueva cultura surge cuando la presencia del nuevo emocionar contribuye a la realización de las condiciones que hacen su ocurrencia posible en el vivir cotidiano, lo que resulta en que el nuevo emocionar comienza a conservarse transgeneracionalmente como un nuevo modo corriente de vivir en la comunidad en un cambio que es aprendido simplemente de hecho por los jóvenes y los recién llegados, mientras viven como miembros de esa comunidad.

En fin, en términos generales, ya que un linaje, sea este biológico o cultural, se establece a través de la conservación transgeneracional en una manera de vivir a medida que ésta se practica de hecho por los jóvenes de la comunidad mientras viven como miembros de ella, cualquier variación ocasional de la manera de vivir corriente de una comunidad particular que comienza a ser conservada transgeneracionalmente, constituye un cambio que da origen a un nuevo linaje. El que el nuevo linaje persista o no, evidentemente depende de otras circunstancias que tienen que ver con las consecuencias de la conservación de la nueva manera de vivir. Lo que cabe destacar en este momento en relación a esto, sin embargo, es que el surgimiento de un nuevo linaje solo puede ocurrir como una variación en torno a la manera de vivir ya establecida, que, al conservarse de manera transgeneracional, constituye y define al nuevo linaje.

En el caso particular de las culturas como linajes humanos de maneras de convivir, se produce un cambio en una comunidad humana particular sólo cuando una nueva manera de vivir como una red de conversaciones comienza a conservarse de manera transgeneracional, y eso comienza a suceder cada vez que una configuración en el emocionar, y, por lo tanto, una nueva configuración en el actuar, comienza a ser parte de la manera corriente de incorporación cultural de los niños de esa comunidad, y estos la aprenden al vivirla.

Esto es lo que tiene que haber ocurrido en la transformación de la manera de vivir que dio origen a la cultura patriarcal indo—europea cuando el emocionar que fundó lo que constituyó la manera típica de vivir en la apropiación, la enemistad, las jerarquías y el control, la autoridad y

la obediencia, la victoria y la derrota, después de aparecer como un rasgo ocasional de la manera de vivir en alguna de las comunidades ancestrales, comenzó a conservarse generación tras generación, como un simple resultado del aprendizaje espontáneo de los niños miembros de esa comunidad. Imaginemos ahora como puede haber ocurrido esto de hecho.

Entre los pueblos paleolíticos, fundamentalmente matrísticos, que vivían en Europa hace más de 20.000 años, hubo algunos que se hicieron sedentarios recolectores, agricultores, y otros que se movieron hacia el Este, hacia Asia, siguiendo las migraciones anuales de manadas de animales silvestres, como los Lapones lo han estado haciendo con los renos hasta tiempos muy recientes o quizás aún ahora. Estas comunidades humanas que seguían a los animales en sus migraciones, no eran pastores porque no poseían a estos animales. Estas comunidades humanas no poseían a los animales de los cuales vivían, porque no ponían límites a su movilidad que restringiese de manera fundamental el acceso a ellos de otros animales, como los lobos, que se alimentaban también de ellos como parte de su vivir silvestre natural. En la ausencia de tal restricción, el lobo permanecía como un comensal con derechos de alimentación no cuestionados, aunque fuese ocasionalmente amenazado para que se moviese a comer un poco más allá.

En otras palabras, yo propongo que en aquellos tiempos lejanos, nuestros ancestros matrísticos en el origen del patriarcado, no eran pastores porque no restringían el acceso de otros animales a las manadas de las cuales ellos mismos se alimentaban, y propongo que ellos no hacían eso porque el emocionar de la apropiación no era parte de su vivir cotidiano. La crianza de animales domésticos en el hogar implica una manera de vivir completamente distinta del pastoreo, entre otras cosas porque es el cuidado y la atención en la cercanía del hogar, no la apropiación, lo propio del emocionar que lo define.

Por lo tanto, mantengo que la cultura del pastoreo, esto es, la red de conversaciones que constituye el pastoreo, surge cuando los miembros de una comunidad humana que vive siguiendo alguna manada particular de animales migratorios, comienza a restringir el acceso a ellos de otros comensales normales como el lobo, y lo hacen no sólo de una manera ocasional, sino que como una práctica cotidiana que se conserva transgeneracionalmente a través del aprendizaje corriente y espontáneo de los niños que crecen como miembros de esa comunidad. Más aún, también mantengo que el pastoreo, como modo de vivir, no puede haber surgido sin el cambio en el emocionar que lo hace posible como modo de vivir, y que ese cambio en el emocionar, tiene que haber surgido en el proceso mismo en que se comenzó a vivir de esa manera. Usualmente no vemos esta interdependencia entre el cambio en el emocionar y el cambio cultural, porque no estamos corrientemente conscientes de que toda cultura como una red de conversaciones es un modo particular de entrelazamiento del lenguaje y el emocionar. Además, no es fácil para nosotros seres humanos patriarcales modernos comprender el cambio en el emocionar implicado en la adopción de alguna nueva manera de vivir porque estamos acostumbrados a explicar lo que hacemos o lo que nos sucede con argumentos racionales que excluyen la mirada sobre el emocionar. Pero, lo que no es raro es la observación de que una persona puede vivir una gran transformación en su emocionar en relación a algún cambio de su manera de vivir.

En efecto, estos cambios en el emocionar ocurren con frecuencia cuando hay cambios de trabajo, o cambios de situación económica, o cambios en el ámbito de lo místico. Cuando suceden estos cambios en el emocionar uno frecuentemente piensa que estos son una consecuencia del cambio de trabajo o del cambio de las condiciones de vida. Yo pienso que esto no es así, pienso que es el cambio en el emocionar lo que hace posible las circunstancias de vida en las cuales tiene lugar el cambio de trabajo, o el cambio de situación económica, o el cambio en el vivir místico, y que cuando sucede, los dos procesos, nueva manera de vivir y nuevo emocionar, tienen lugar de ahí para adelante de una manera en que se implican y apoyan mutuamente. De modo que yo pienso que si queremos comprender cómo ha ocurrido un cambio de cultura histórico, tenemos que imaginar las condiciones del vivir que hicieron posible el cambio en el emocionar bajo el cual tuvo lugar tal cambio dando origen a una red de conversaciones que comenzó a conservarse como resultado de su propia realización.

Volvamos ahora sobre lo que yo pienso que tiene que haber pasado en la adopción del modo de vida pastoral por nuestros ancestros indo—europeos prepatriarcales. El primer paso tiene que haber sido la operación inconsciente que constituye a la apropiación, esto es, el establecimiento de un borde operacional que negó al lobo el acceso a su alimento natural que eran los animales de la misma manada de la que vivía la familia que comenzó tal exclusión. La implementación de tal borde operacional tiene que haber llevado pronto o tarde a matar al lobo. El matar a un animal no era una cosa novedosa seguramente para nuestros ancestros. El cazador toma la vida del animal que se va a comer. Pero, tomar la vida de un animal que uno va a comer, y tomar la vida de un animal al que uno le restringe su acceso a su alimento natural, y hacer esto de manera sistemática, son acciones que surgen bajo emociones muy diferentes. En el primer caso, en el caso del cazador, el cazador o la cazadora realiza un acto sagrado, un acto propio de las coherencias del vivir en el que una vida es tomada para que otra vida pueda continuar. En el segundo caso, el que mata lo hace dirigiéndose directamente a tomar la vida del animal que mata, y esa matanza no es un caso en el cual una vida es tomada para que otra pueda continuar, sino que es el caso en el que una vida es tomada para conservar una posesión que queda definida como posesión en ese mismo acto.

Las emociones que constituyen a estos dos actos como acciones totalmente diferentes, son completamente opuestos. En el primer caso, el animal cazado es un ser sagrado que es muerto como parte de la armonía de la existencia; en este caso el cazador o la cazadora que toma la vida del animal cazado está agradecido. En el segundo caso, el animal cuya vida se toma es una amenaza para un orden artificial que la persona que se transforma en pastor crea en ese acto, y la persona que toma la vida del animal muerto en esas circunstancias, esta orgullosa. En lo que sigue, hablaré de cacería, solamente para referirnos al primer caso, para referirnos al segundo caso hablaré de matar o asesinar. Pero, nótese que tan pronto como las emociones que constituyen estas dos acciones se hacen aparentes, también se hace aparente que en la acción de caza el animal cazado es un amigo mientras que en la acción de matar el animal muerto es un enemigo.

De hecho, yo pienso que con el origen del pastoreo surgió el enemigo como aquél cuya vida la persona que se ha vuelto pastor quiere destruir para asegurar el nuevo orden que instala a

través de ese acto que configura la defensa de algo que se transforma en posesión en ese mismo acto de defensa. Esto es, yo mantengo que la vida pastoril de nuestros ancestros surgió cuando una familia que vivía siguiendo los movimientos libres de alguna manada silvestre, adoptó el hábito de impedir a otros animales que eran comensales naturales, su acceso libre a dicha manada, y que en este proceso este hábito se transformó en una característica conservada transgeneracionalmente como modo de vivir cotidiano de esa familia. Más aún, yo sostengo que la adopción de este hábito en una familia tiene que haber involucrado, como un rasgo de ese mismo proceso, cambios adicionales en el emocionar que llevaron a incluir, junto con el emocionar de la apropiación, a otras emociones como la enemistad, la valorización de la procreación, así como la asociación de la sexualidad de las mujeres con ella, el control de la sexualidad de las mujeres como procreadoras por el patriarca, el control de la sexualidad del hombre por la mujer como posesión, y la valorización de las jerarquías y la obediencia, como característica intrínsecas de la red de conversaciones que constituyó el modo de vida pastoral.

Finalmente, también mantengo que debido a la manera humana de generalizar el entendimiento, la red de conversaciones que constituyó a la vida pastora patriarcal se hizo la red de conversaciones que constituyó al patriarcado como una manera de vivir independientemente del pastoreo bajo la forma de una red de conversaciones que traen a la mano:

- a) relaciones de apropiación y exclusión, enemistad y guerra, jerarquía y subordinación, poder y obediencia;
- b) relaciones con el mundo natural que se han desplazado desde la confianza activa en la armonía espontánea de toda existencia, a la desconfianza activa en aquella armonía, y un deseo por la dominación y el control;
- c) relaciones con el vivir que se han desplazado desde la confianza en la fertilidad espontánea de un mundo sagrado que existe en la legitimidad de una abundancia armónica que tiene lugar en la congruencia y balance natural de todas las maneras de vivir, a la búsqueda ansiosa de la seguridad que trae consigo la abundancia unidireccional que se obtiene al valorar la procreación, la apropiación y el crecimiento sin límites;
- d) relaciones de existencia mística que se han desplazado, desde una aceptación original en la participación en la unidad de lo vivo a través de una experiencia de pertenencia en una comunidad humana que se extiende a la totalidad de lo viviente, hacia un deseo de abandonar la comunidad de lo viviente a través de una experiencia de pertenencia en una unidad cósmica que conforma un dominio de espiritualidad invisible que trasciende lo vivo.

Volvamos nuevamente a mi proposición de cómo la cultura patriarcal indo—europea puede haberse originado, y de cómo nuestra cultura patriarcal europea moderna puede haber derivado de ella. Para hacer esto, procederé a reconstruir la historia, considerando las varias transformaciones que yo pienso tienen que haber ocurrido en ese proceso.

Los miembros de una pequeña comunidad humana (que puede haber sido una familia, y entiendo por familia un grupo de adultos y niños que funciona como una unidad de convivencia) que vivían siguiendo alguna manada de animales migratorios, rechazaban ocasionalmente a los lobos que se alimentaban de esa manada. Mientras este corretear a los lobos fue un suceso ocasional, y estos no eran muertos, no tuvo lugar ningún cambio fundamental en el emocionar de los miembros de esa comunidad. Sin embargo, cuando el rechazar, corretear o perseguir a los lobos de modo que estos no se alimentasen de la manada se transformó en una práctica cotidiana aprendida por los niños generación tras generación, se produjo, entrelazado con esa práctica, un cambio básico en el emocionar de los miembros de esa comunidad, y surgió un modo de vivir en la protección de la manada, esto es, un modo de vivir que involucraba el emocionar de la apropiación y la defensa de aquello que se había apropiado. En la medida en que esta manera de emocionar comenzó a ser conservada, generación tras generación al aprender los niños de la comunidad a vivir en las acciones que negaban al lobo su acceso normal a la manada, otras emociones aparecieron que también comenzaron a conservarse transgeneracionalmente.

Así, en la medida en que se empezó a perseguir al lobo para impedirle su acceso a su alimentación normal, surgió la inseguridad a través de la pérdida de confianza que traía consigo la continua atención que había que tener en las conductas de protección de la manada frente al lobo que había sido excluido como comensal natural. Más aún, cuando el emocionar de la inseguridad surgió, la seguridad empezó a ser vivida como la total exclusión del lobo a través de la muerte. Pero, en la medida que estos cambios en el emocionar y en el actuar tenían lugar, otro cambio en el emocionar debe haber surgido que constituyó un cambio básico nuevo en la manera de vivir de la comunidad, a saber, la enemistad como un deseo recurrente de negar a un otro en particular. Y cuando la enemistad surgió, surgió el enemigo, y con él los instrumentos de caza que se usaron para matar al lobo como un enemigo, se transformaron en armas*.

* Notemos, casi como una reflexión aparte, que en los mitos patriarcales el lobo es el gran enemigo. Se dice, cruel o sanguinario como un lobo, pero el lobo no lo es. El lobo en su vida silvestre no ataca al ser humano, lo que busca es a los animales de los que se alimenta en su vivir ancestral y que el ser humano protege en su pastoreo. Es en el surgimiento del patriarcado que el lobo surge como enemigo en un proceso que se asocia a la pérdida de confianza en el mundo natural que éste conlleva.

Pero, ¿qué implican los cambios de la manera de vivir recién mencionada? Reflexionemos un momento. Una cultura como una manera de vivir es una red de conversaciones que es transgeneracionalmente conservada como un núcleo de coordinaciones consensuales de coordinaciones consensuales de acciones y emociones alrededor del cual nuevas acciones y nuevas emociones pueden aparecer. Cuando estas nuevas acciones y nuevas emociones comienzan también a ser conservadas transgeneracionalmente en la red de conversaciones que define a esa comunidad, tiene lugar un cambio cultural. Las acciones y emociones humanas pueden ser como tales las mismas en muchos dominios diferentes de existencias (o del hacer), y lo que uno aprende en un dominio de existencia (o del hacer), puede ser fácilmente transferido a otro.

Así, una vez que las conversaciones de enemistad y apropiación fueron aprendidas en la vida pastoril, ellas pudieron ser vividas en otros dominios de existencias y pudieron tener lugar en relación a otras entidades tales como la tierra, las ideas, o las creencias, al surgir las circunstancias apropiadas del vivir. Asimismo, aunque la apropiación y la enemistad pudieron haber comenzado como aspectos del emocionar del hombre, si fue el hombre quien empezó el pastoreo en los términos que hemos señalado, nada restringe este emocionar solamente a los hombres.

El patriarcado como manera de vivir no es una característica del ser del hombre, es una cultura, y por lo tanto, es un modo de vivir totalmente vivible por ambos sexos. Hombres y mujeres, pueden ser patriarcales así como hombres y mujeres pueden ser, y han sido, matrísticos.

Continuemos ahora con nuestra reconstrucción del origen del patriarcado indo-europeo y del patriarcado europeo moderno. En la medida que la vida pastoril se mantuvo en el cuidado de los animales apropiados y en la defensa contra el lobo, quien había sido convertido en enemigo, se perdió la confianza en la coherencia y armonía natural de la existencia, y la seguridad en la disponibilidad de los medios de vida comenzó a ser una preocupación satisfecha a través del crecimiento de la manada o del rebaño bajo el cuidado del pastor. En este proceso, deben haberse producido tres cambios adicionales en la dinámica del emocionar de nuestros ancestros que se conservaron transgeneracionalmente, a saber: el deseo constante por más en una acumulación interminable de cosas que daban seguridad; la valorización de la procreación como una manera de obtener seguridad a través del crecimiento del rebaño o manada; y el temor a la muerte como una fuente de dolor y de pérdida total. Como resultado de este nuevo emocionar, la fertilidad dejó de ser vivida como coherencia y armonía de la abundancia natural de todas las formas de vida en la dinámica cíclica espontánea de nacimiento y muerte, y empezó a ser vivida como la procreación y el crecimiento que da seguridad.

La vida al interior de la familia pastoril debe haber cambiado de una manera coherente con lo anterior. La participación del hombre en la procreación que hasta aquí era vista como parte de la armonía de la existencia, debe haber empezado a ser asociada con la apropiación de los hijos, de la mujer y de la familia, y la sexualidad de la mujer debe haberse convertido en una propiedad del hombre que engendraba sus hijos. Como consecuencia, los niños y las mujeres perdieron su libertad ancestral para convertirse en propiedad, y las mujeres de las familias pastoriles, a través de la asociación de su sexualidad con la procreación, junto con las hembras de la manada se convirtieron en una fuente de riqueza.

Finalmente, en la medida en que en esta transformación cultural la apropiación por el pastor de la vida sexual de la mujer tuvo lugar junto con la apropiación de sus hijos y con la valorización de la procreación, la familia pastoril se transformó en una familia patriarcal, y el hombre pastor se convirtió en patriarca. Pero, esta transformación de la manera de vivir, en la que una familia nómada comensal de alguna manada migratoria de animales silvestres paso a ser pastora, tuvo una consecuencia fundamental, a saber, la explosión demográfica animal y humana.

De hecho, la valorización de la procreación implica acciones que abren la puerta al crecimiento exponencial de la población debido a que tal valoración se opone a cualquier acción de regulación de los nacimientos y del crecimiento de la población que la noción matrística de fertilidad, como la coherencia sistémica de todos los seres vivos en sus continuos ciclos de vida o muerte, permite.

No debemos olvidar, sin embargo, que estos cambios culturales, como cambios en la red de conversaciones que constituían la manera de vivir de la familia en cambio, surgen de cambios en el empujar y en las coordinaciones de acciones que deben haber tenido lugar inicialmente en la armonía del diario vivir. O sea, esos cambios tienen que haber ocurrido a través de la transformación armónica de una forma conservadora de vivir que implicaba de manera natural a todos los miembros de la familia, en otra que también los implicó de una manera natural.

Así, mientras las mujeres y niños juntos con los hombres se volvían patriarcales en el proceso de llegar a ser pastores, la biología del amor debe haber continuado a la base de su estar juntos como una familia en transformación en la que hombres y mujeres no estaban en una oposición constitutiva, y en la que los niños crecían en la intimidad de una relación materno infantil de espontánea aceptación y confianza. El hombre no tenía dudas ni contradicciones básicas en sus relaciones con las mujeres y los niños que constituían su familia, ni estos en sus relaciones con él, y los cambios fundamentales que fueron ocurriendo en la transformación que dio origen a la familia patriarcal pastoril deben haber ocurrido como un proceso imperceptible para la misma familia en transformación.

En otras palabras, el cambio en el empujar dentro de la familia con respecto a la movilidad y autonomía de las mujeres y los niños que fue ocurriendo en la familia patriarcal pastoril emergente, no fue visible dentro de la familia cambiante, debido a que los hombres, las mujeres y los niños, llegaron a ser patriarcales en ella sin conflicto. En este proceso la vida de los niños cambió de la infancia a la vida adulta en un proceso en el que el empujar de la vida adulta surgió como una transformación del empujar de la infancia, y no como una negación de lo infantil y lo femenino por el hombre, de modo que esa transformación tiene que haberse vivido en la familia patriarcal emergente con inocencia.

También debemos darnos cuenta, de que estos cambios en el empujar y el actuar, aún cuando dieron origen en la familia patriarcal a una forma de vivir completamente diferente a la forma de vivir de la familia matrística original, ocurrieron como procesos que sucedieron sin reflexión, fuera de cualquiera intencionalidad, en el simple fluir de la vida diaria. Así, en tanto el hombre que comenzó a actuar en la protección diaria de la manada aprendió a hacerlo matando eventualmente al lobo, las mujeres y los niños aprendieron también, y ellos también tomaron parte en el establecimiento de la nueva forma de vivir en enemistad con el lobo, y en la apropiación de la manada.

En este proceso, en la medida en que la apropiación y la enemistad, la defensa y la agresión, llegaron a ser parte de la forma de vivir que se conservó transgeneracionalmente en el devenir histórico de una comunidad particular, este empujar debe haber constituido una

operacionalidad delimitante que separó a esta comunidad de otras comunidades de una manera transitoria o permanente, dependiendo de si esas otras comunidades estaban o no dispuestas a adoptar el nuevo empujón y actuar, y con ello un nuevo conversar.

Pero, ya que, como dije anteriormente, el aprendizaje del empujón es transferible, una vez que la enemistad y la apropiación han sido aprendidas como modos de empujón en un cierto dominio particular de experiencias, pueden ser vividos en otros. Por esto, una vez que la enemistad y la apropiación llegaron a ser características de la forma de vivir en la protección de un rebaño, la enemistad y la apropiación también llegaron a ser parte de la defensa de otras características de la forma de vivir, tales como ideas, verdades, o creencias, y se abrieron las puertas para el fanatismo, la codicia y la guerra. Aún más, las oportunidades para la enemistad y la defensa de lo propio deben haber surgido en la medida en que el crecimiento de la población, y las migraciones consecuentes, forzaron el encuentro de comunidades diferentes, muchas de las cuales podrían ya haber desarrollado algunos sistemas de creencias propios que, en tanto eran ya ellos mismos pastores patriarcales, estaban también listos a defender, creencias místicas, por ejemplo.

Los seres humanos podemos tener de manera espontánea en un momento u otro de nuestras vidas, una experiencia peculiar que vivimos como un súbito darnos cuenta de nuestra conexión y participación en un dominio más amplio de existencia que aquel de nuestro entorno corriente inmediato. Yo mantengo que esta experiencia peculiar de darse cuenta de que se pertenece o se es parte de un ámbito de identidad más amplio que el propio de una vida individual estrecha, es lo que usualmente se connota en diferentes culturas cuando se habla de una experiencia mística o espiritual.

También afirmo que la experiencia mística, repito, esta experiencia en la que uno se vive a sí mismo como componente integral de un dominio más amplio de relaciones de existencia, puede ocurrirnos tanto espontáneamente, cuando ciertas condiciones internas y externas surgen naturalmente en el curso de nuestro vivir, como, consecuencia de la realización intencional de ciertas prácticas que resultan en la creación artificial de esas condiciones. En cualquier caso, sin embargo, la forma en que la experiencia mística es vivida depende de la cultura en la que ocurre, es decir, depende de la red de conversaciones en la que está inmersa y vive la persona que tiene la experiencia mística.

Así, pienso que en la cultura matrística agricultora recolectora de la Europa prepatrística, las experiencias místicas deben haber sido vividas como experiencias de integración sistémica en la red del vivir dentro de la comunidad de todo lo vivo. "La comunidad y yo, el mundo del vivir, y yo, somos uno, todos los seres vivos y no vivos pertenecemos al mismo reino de existencias interconectadas... todos los seres venimos de la misma madre y somos ella a través de ser uno con ella y con los otros seres en la dinámica cíclica del nacimiento y la muerte", podría ser una descripción de una experiencia mística en esta gente matrística hecha con nuestras palabras.

Esto es, pienso que el compartir y la participación en la armonía de la coexistencia a través de la igualdad y unidad de todos los seres vivos y no vivos sin importar cuales puedan ser sus

diferencias individuales particulares en la continua renovación cíclica recurrente de la vida, deben haber sido los elementos relacionales prevalecientes de la experiencia mística matrística. Y, yo creo que la experiencia mística de la gente europea matrística prepatriarcal debe haber tenido estas características debido a que la persona agricultora recolectora raramente debe haber experimentado el vivir en total separación del apoyo y protección de la comunidad a la que él o ella pertenecía, o la ruptura de su conexión con una naturaleza armoniosa y acogedora.

En otras palabras, yo creo que la experiencia mística de la gente matrística europea prepatriarcal, debe haber sido una de conexión con lo concreto de la vida diaria, y pienso que como tal debe haber sido una apertura a ver lo visible. En suma, pienso que la "espiritualidad" matrística es constitutivamente terrestre. Con la cultura patriarcal pastoril las cosas tienen que haber sido diferentes.

Dado que el empujón fundamental que define a la red de conversaciones patriarcales está centrado en la apropiación, la defensa, la enemistad, la procreación, el control, la autoridad, y la obediencia, la experiencia mística de nuestros ancestros patriarcales indoeuropeos tempranos, debe haber sido muy diferente de la experiencia mística que hemos descrito para la cultura matrística europea prepatriarcal. El pastor tiene que haber pasado muchos días y noches durante el verano, alejado de la compañía protectora de su comunidad mientras cuidaba y seguía o guiaba a sus manadas en busca de buenos pastizales en los valles montañosos y la protegía del lobo a quien había convertido en enemigo. Ahí, solitario, expuesto a la expansión inmensa de los cielos estrellados y enfrentando a la grandeza imponente de las montañas, él debe haber presenciado, simultáneamente fascinado y aterrado, muchos fenómenos eléctricos luminosos inesperados que ocurren en éstas no solamente en los días de tormenta.

Yo pienso que cuando un pastor tuvo una experiencia mística espontánea en estas circunstancias, ésta tiene que haber sido vivida como una experiencia de pertenencia y conexión en un ámbito cósmico amenazante e impresionante en su poder y fuerza, lleno de enemistad y amistad al mismo tiempo, tanto bello como peligroso, un ámbito cósmico en el que uno puede existir sólo en la sumisión y en la obediencia. "Yo pertenezco al cosmos a pesar de mi infinita pequeñez, y me someto al poder de esa totalidad obedeciendo sus exigencias tal como me someto a la autoridad del patriarca", puede ser una descripción de una experiencia mística vivida por nuestro imaginario pastor en la soledad de una noche abierta en la montaña. Así, pienso que mientras en la cultura prepatriarcal matrística de Europa, la persona que tuvo una experiencia mística debe haberse mantenido conectada a través de ella con el confortable reino tangible del diario vivir, en la cultura pastoril patriarcal el pastor que tuvo una experiencia mística en la soledad de la montaña debe haber vivido una transformación que lo conectó con un reino intocable de relaciones de inmensidad, poder, temor, y obediencia.

Y también creo, que mientras que en la cultura matrística de la Europa prepatriarcal la persona que tuvo una experiencia mística debe haber tenido una experiencia de congruencia en la armonía de una dinámica permanentemente renovada de nacimiento y muerte, en la cultura patriarcal pastoril el pastor que tuvo una experiencia mística debe haber tenido una

experiencia de sumisión y fascinación frente al flujo amenazante de un poder que dio lugar a la vida y a la muerte en la conservación y ruptura de un orden precario basado en la obediencia a su arbitrio.

La experiencia mística de la cultura patriarcal pastoril debe haber sido una experiencia de conexión en un reino abstracto de naturaleza completamente diferente al de la vida diaria, esto es, esta experiencia mística debe haber sido una experiencia de pertenencia en un ámbito de existencia trascendental, y como tal tiene que haber sido una apertura a ver lo invisible. Aún más, el cuento relatado por el pastor que volvió transformado como resultado de su experiencia mística espontánea, debe haber sido escuchado tanto como admiración como con miedo, por una comunidad que entendió su discurso de autoridad y subordinación, de poder y obediencia, de amistad y enemistad, de exigencia y control, en términos completamente personales, y que pudo haber sido seducida por su grandeza. Con suficiente pasión, después de una experiencia mística un pastor puede haber llegado a ser un líder espiritual.

En breve, entonces, en la cultura matrística no patriarcal de la Europa antigua, la experiencia mística tiene que haber sido vivida como una pertenencia plerónica de gozo en una red más amplia de existencia cíclica que englobaba a todo lo vivo y lo no vivo en el flujo de nacimiento y muerte, y debe haber implicado el autorrespeto y dignidad de la confianza mutua y la mutua aceptación. Contrariamente en la cultura patriarcal pastoril, la experiencia mística debe haber sido vivida como una experiencia de pertenencia en un ámbito cósmico inmenso, temible y seductor, de una autoridad arbitraria e invisible, y debe haber implicado la exigencia de una absoluta negación de sí mismo en la total sumisión a ese poder propia al flujo unidireccional de enemistad y amistad de toda autoridad absoluta.

En otras palabras, mientras el misticismo matrístico invita a la participación y la colaboración en el autorrespeto y el respeto por el otro, y es, inevitablemente, no exigente, ni profético ni misionero, el misticismo patriarcal invita a la autonegación de la sumisión, y, de este modo, inevitablemente se vuelve exigente, profético, y misionero.

Quiero ahora hacer una pequeña digresión fisiológica. El sistema nervioso está constituido como una red neuronal cerrada con estructura plástica que cambia siguiendo un curso contingente a la secuencia de las interacciones del organismo que integra (ver Maturana, 1983). En estas circunstancias, la forma en que el sistema nervioso de un animal opera, es necesariamente siempre función de su particular historia de vida, y debido a esto un sistema nervioso siempre implica en su operar la historia de vida individual del animal que integra. En nosotros los seres humanos, esta relación entre la historia de vida de un animal y la estructura de su sistema nervioso implica que independientemente de que se esté despierto o dormido, y en todas las experiencias que podemos vivir, nuestro sistema nervioso necesariamente siempre opera de una manera congruente con la cultura a la que pertenecemos, y genera una dinámica conductual que hace sentido en ella.

En otras palabras, los valores, las imágenes, los temores, las aspiraciones, las esperanzas o los deseos, que una persona vive en cualquier experiencia, ya esté despierta o en sueño, ya sea

esta una experiencia común o una experiencia mística, son necesariamente los valores, las imágenes, los temores, las aspiraciones, las esperanzas o los deseos de su cultura, más las variaciones en esto que él o ella puede haber añadido en su vida personal individual. Es debido a esta relación entre el operar del sistema nervioso de una persona y la cultura a que pertenece, que afirmo que la gente de las culturas europea matrística y patriarcal pastoril deben haber tenido experiencias místicas diferentes, y que éstas diferentes experiencias místicas tienen que haber sido diferentes debido a que cada una de ellas incorpora necesariamente el emocionar de la cultura en la que surge.

En otras palabras, propongo esta reconstrucción del origen de nuestra cultura patriarcal desde el dar cuenta de que todas las experiencias humanas, experiencias místicas incluidas, ocurren como parte de la red de conversaciones que constituye a la cultura en que surgen, y, por lo tanto, incorporan su emocionar. Además, dado que pienso que es el emocionar de una cultura lo que define su carácter, creo que mi reconstrucción de lo que pueden haber sido las experiencias místicas de nuestros ancestros europeos matrísticos y nuestros ancestros patriarcales pastoriles indo-europeos, es tan buena como mi reconstrucción del emocionar de estas culturas, y pienso que esta reconstrucción es buena porque recoge las emociones de los elementos matrísticos y patriarcales de nuestra cultura europea patriarcal moderna.

Continuemos entonces. Una vez que la forma patriarcal pastoril de vivir surge, la familia o la comunidad en la que comienza a ser conservada transgeneracionalmente se expande, tanto a través de la seducción de otras familias o comunidades, como a través de un crecimiento poblacional humano sin control. Aun más, tal crecimiento sin control de la población en una comunidad pastora debe haber ocurrido acompañado por un crecimiento comparable de los rebaños que inevitablemente debe haber dado lugar al abuso de los pastizales y a una expansión territorial que no puede sino haber resultado en alguna forma de conflicto en el encuentro con otras comunidades, independientemente de que éstas hayan estado centradas o no en la apropiación y la enemistad. La guerra, la piratería, la dominación política y la esclavitud, tienen que haber comenzado entonces, y eventualmente tienen que haberse producido migraciones masivas en busca de nuevos recursos de los cuales poder apropiarse.

Pienso que tiene que haber sido bajo estas circunstancias que nuestros ancestros indo-europeos llegaron a Europa en un movimiento de conquista, piratería y dominio. Si la apropiación es legítima, si la enemistad es parte del emocionar de la cultura, si la autoridad, la dominación y el control son características de la forma de vivir de una comunidad humana, entonces la piratería es posible, o aun natural. Aún más, si la apropiación es parte de la forma natural de vivir, todo está abierto a la apropiación, los hombres, las mujeres, los animales, las cosas, los países, las creencias..., si el emocionar adecuado está presente, todo puede ser capturado por la fuerza de la misma forma en la que el lobo fue excluido originalmente de su legítimo acceso a alimentarse de la manada silvestre.

Así, en la medida en que los pueblos patriarcales indo-europeos comenzaron a desplazarse hacia Europa, ellos llevaron consigo la guerra, pero no sólo la guerra, ellos llevaron consigo un mundo completamente diferente de aquel que encontraron. Los pueblos patriarcales pastoriles

fueron dueños de propiedades y defensores de las propiedades, fueron jerárquicos, exigieron obediencia y subordinación, valoraron la procreación y controlaron la sexualidad de las mujeres la gente matrística europea no se parecía en nada a esto. En su encuentro con la gente matrística europea los indo—europeos patriarcales pastoriles se encontraron con su total opuesto cultural en cada aspecto, fuese este material o espiritual.

Aún más, como pueblos patriarcales pastoriles ellos tienen que haber vivido estas diferencias opuestas como una amenaza o un peligro a su misma existencia e identidad. Y, de la misma forma en que ellos llegaron a vivir su relación con el lobo a través de la apropiación de la manada mediante su exterminio, su reacción debe haber sido la defensa de su propia cultura en la negación de la otra tanto a través de su completo control y dominio, como a través de su completa destrucción.

Los títulos de propiedad y la defensa de las "legítimas" posesiones de uno cuando estas son ideas o creencias, crean límites que separan lo que es correcto de lo que no lo es, lo que es legítimo de lo que es ilegítimo, lo que es aceptable y lo que no es aceptable. Si nosotros vivimos centrados en la apropiación, vivimos tanto nuestras propiedades como nuestras ideas y creencias como si ellas fueran nuestra identidad.

El que esto ocurre así es evidente en el hecho de que nosotros los occidentales patriarcales modernos vivimos cualquier amenaza a nuestras propiedades y cualquier contradicción o falta de acuerdo con nuestras ideas y creencias, como un peligro o amenaza que pone en riesgo los fundamentos mismos de nuestra existencia. Consecuentemente, en su encuentro con la cultura europea matrística, los indo-europeos patriarcales pastoriles tienen que haber vivido el sistema de creencias completamente diferente de esa cultura como un peligro y una amenaza a su identidad, y esto tiene que haber sido particularmente así en relación a las creencias místicas que están en la base de las experiencias que dan significado a la vida humana. Cuando en el encuentro de los pueblos patriarcales y europeos matrísticos, el pueblo patriarcal comenzó a defender y a imponer sus creencias místicas patriarcales, se estableció una frontera de legitimidad entre ambos sistemas de creencias místicas y ambos sistemas de creencias místicas se volvieron religiones.

Una religión es un sistema acotado de creencias místicas que es definido por los creyentes como el único correcto y plenamente verdadero. Previo a su violento encuentro con el patriarcado a través de la invasión de los indo-europeos patriarcales pastoriles, la gente matrística europea no vivía en una religión debido a que ellos no vivían en la apropiación y la defensa de la propiedad.

Reflexionemos por un momento en este asunto. La gente matrística tuvo creencias místicas basadas en experiencias místicas que, creemos, expresaban o revelaban su comprensión básica de su relación con la totalidad de la existencia. Ellos expresaban esta comprensión a través de una deidad, la diosa madre que incorporaba y evocaba la coherencia dinámica y armónica de toda la existencia en una red sin fin de ciclos de nacimiento y muerte.

Contrariamente, pensamos, el pueblo patriarcal pastoril tuvo creencias místicas basadas en experiencias místicas que ellos vivieron como reveladoras de su conexión en un ámbito cósmico dominado por entidades poderosas, arbitrarias, que ejercían su voluntad en actos creativos capaces de violar cualquier orden previamente existente. El pueblo patriarcal pastoril expresaba su comprensión de las relaciones cósmicas a través de dioses que eran entidades trascendentes que imponían el temor y exigían obediencia. En su dominio místico propio, el pueblo patriarcal pastoril no tenía nada que defender y, consecuentemente, nada que imponer, cada creencia era natural y autoevidente. Dios como una entidad cósmica todopoderosa era obvio en su invisibilidad, y como tal era propiamente espiritual.

De hecho, tenía que ser así a través de la forma en que él debía haber surgido en la montaña mientras expresaba su carácter todopoderoso como patriarca cósmico. Las visiones místicas matrísticas europeas eran totalmente diferentes, debido a su carácter terrestre. Los fundamentos de la existencia para el pueblo matrístico estaban en la armonía dinámica del nacimiento y la muerte tanto como en la armónica coherencia de todas las cosas vivientes y no vivientes. Para el pueblo matrístico no había nada que temer cuando uno se movía en la coherencia de la existencia; para ellos no había fuerzas arbitrarias que exigieran obediencia, solo interrupciones humanas de la armonía natural debido a una falta de conciencia circunstancial y la ceguera que implica una falta de conciencia. La divinidad no era una fuerza o una autoridad, y no podría haber sido así, debido a que el pueblo matrístico no estaba centrado en la autoridad, la dominación o el control. La diosa madre concretizaba y evocaba la conciencia de esta armonía natural, y sus imágenes y los rituales en los que éstas eran usadas, pienso, eran presencia, evocación y participación en la armonía de todas las cosas existentes de una manera que permitía tanto a los hombres como a las mujeres permanecer conectados con ella en su vivir cotidiano. El pueblo matrístico europeo no tenía nada que defender, tanto porque vivían en la conciencia de la armonía de la diversidad, como porque ellos no vivían en la apropiación.

En breve, cuando el pueblo indo-europeo patriarcal pastoril invadió Europa, sus patriarcas encontraron que no podían aceptar las creencias, modo de vida espiritual, o conversaciones místicas del pueblo matrístico, debido a que éstas contradecían completamente los fundamentos de su propia existencia. Así, ellos recurrieron a defender su modo de vida, sus creencias, de la única manera que conocían, esto es, a través de la negación del otro modo de vida o sistema de creencias, y del pueblo que las vivía, convirtiéndolos en sus enemigos.

Aún más, en el proceso de defender su vivir místico, los patriarcas indo-europeos crearon una frontera de negación de todas las conversaciones místicas diferentes de las suyas, y establecieron de facto una distinción entre lo que llegó a ser en lo sucesivo legítimo e ilegítimo, creencias verdaderas y falsas, y realizaron la praxis de exclusión y negación en el ámbito espiritual que operacionalmente constituye a las religiones como dominios culturales de apropiación de las mentes y almas de los miembros de una comunidad por los defensores de la verdad o de las "creencias" verdaderas. Pero, antes de seguir adelante reflexionemos más sobre lo místico y lo religioso.

Una experiencia mística, o espiritual como es llamada usualmente en la actualidad, como experiencia de pertenencia o de conexión en un ámbito mas amplio que aquel de los entornos inmediatos de uno, es una experiencia personal, privada, inaccesible a otros, y como tal no es transferible. El relatar una experiencia mística frente a una audiencia adecuada, sin embargo, puede resultar cautivador y seductor en tanto evoca un emocioonar congruente en el que escucha, y cuando tal seducción ocurre, aún cuando no hay transferencia de la experiencia, muchos de los auditores pueden llegar a convertirse en adeptos de la explicación de la experiencia que el expositor propone, y como resultado puede formarse una comunidad de creyentes. Cuando esto ocurre empero, el cuerpo de creencias que los nuevos creyentes adoptan, cualquiera sea su complejidad y riqueza, no constituye una religión a menos que los miembros de esa comunidad afirmen que sus creencias revelan o involucran alguna verdad universal de la que ellos se apropian a través de la negación de otras creencias basadas en otros relatos de experiencias místicas o espirituales.

La apropiación de una verdad mística o espiritual que se sostiene como verdad universal, constituye el punto de partida o nacimiento de una religión, y requiere de un emocioonar y una forma de vivir que no estaban presentes en la cultura europea matrística. Nuestra cultura patriarcal europea confunde la religión con la espiritualidad, y en ella frecuentemente se habla de una experiencia religiosa como si fuese una experiencia mística.

Yo pienso que esta confusión opaca el hecho de que una religión no puede existir sin la apropiación de ideas y creencias, y no nos permite ver el emocioonar que la constituye. A esto hay que agregar, que el advenimiento del pensamiento religioso a través de la defensa de lo que es "verdadero" y la negación de lo que es falso, es un proceso que nos ha cegado acerca de las bases emocionales de nuestros actos y, en consecuencia, acerca de nuestra responsabilidad en ellos, y ha obstruido nuestra posibilidad de entender que la historia humana sigue el camino del emocioonar, y no un curso guiado por posibilidades materiales, o recursos naturales, debido a que oscurece nuestra visión de que son nuestros deseos y preferencias lo que determina qué vivimos como una verdad, qué vivimos como una necesidad, qué vivimos como una ventaja, y qué vivimos como un hecho.

Ahora hagamos un paralelo entre las conversaciones definitorias de la cultura patriarcal pastora y la cultura matrística europea:

DEFINITORIAS DE LA CULTURA	
PATRIARCAL PASTORA	
Conversaciones:	
* de apropiación.	de participación.
* en las que la fertilidad surge como noción que valora la procreación en un	en las que la fertilidad surge como visión de la abundancia armoniosa de todas las cosas

proceso continuo de crecimiento.	vivas en una red coherente de procesos cíclicos de nacimiento y muerte.
en las que la sexualidad de las mujeres se asocia a la procreación y queda bajo el control del patriarca.	en las que la sexualidad de las mujeres y los hombres surge como un acto asociado a la sensualidad y la ternura.
en las que se valora a la procreación y se abomina de cualquier noción o acción de control de la natalidad y de la regulación del crecimiento de la población.	en las que se respeta la procreación, y se aceptan acciones de control de la natalidad y regulación del crecimiento de la población.
en las que la guerra y la competencia surgen como modos naturales de convivencia y aún como valores y virtudes.	en las que surgen la valorización de la cooperación y el compañerismo como modos naturales de convivencia.
en las que lo místico se vive relacionado a la subordinación a una autoridad cósmica y trascendental, que requiere obediencia y sumisión.	en las que lo místico surge como participación consciente en la realización y conservación de la armonía de toda la existencia en el ciclo continuo y coherente de la vida y la muerte.
en las que los dioses surgen como autoridades normativas arbitrarias que exigen total sumisión y obediencia.	en las que las diosas surgen como relaciones de evocación de la generación y conservación de la armonía de toda la existencia en la legitimidad de todo lo que hay en ella, y no como autoridades o poderes.
en las que el pensamiento es lineal y se vive en la exigencia de sumisión a la autoridad en la negación de lo diferente.	en las que el pensamiento es sistémico y se vive en la invitación a la reflexión frente a lo diferente.
en las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en la autoridad, la obediencia y el control.	en las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en el acuerdo, la cooperación, y la coinspiración.

en las que surge el vivir patriarcal de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural.	en las que surge el vivir matrístico de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural.
en las que no aparece una oposición intrínseca entre hombres y mujeres pero subordina la mujer al hombre desde la apropiación de la procreación como un valor.	en las que no aparecen una oposición entre hombres y mujeres, ni subordinación de uno al otro.

Yo mantengo que nuestra forma de vivir patriarcal europea surgió en el encuentro de las culturas patriarcal pastoril y matrística prepatriarcal europea, como resultado de un proceso de dominación patriarcal directamente orientado a la completa destrucción de todo lo matrístico mediante acciones que pueden haber sido moderadas sólo por la biología del amor. De hecho, si queremos imaginarnos como puede haber ocurrido esto, todo lo que tenemos que hacer es leer la historia más reciente de la invasión de la Palestina, fundamentalmente matrística, por los Hebreos patriarcales tal como esta relatada en la Biblia.

La cultura matrística no fue completamente extinguida, sin embargo, sobrevivió en bolsones culturales por aquí y por allá, y, particularmente, permaneció oculta en las relaciones entre las mujeres, y sumergida en la intimidad de las interacciones madre—hijo hasta el momento en que el niño o niña es requerido a entrar en la vida adulta donde el patriarcado aparece en su plenitud. Los hombres invasores patriarcales pastoriles, en una empresa de piratería y dominio, destruyeron todo, y después de exterminar a los hombres matrísticos se apropiaron de las mujeres matrísticas. Pienso que éstas no se sometieron voluntaria ni plenamente, lo que dio origen a una oposición en la relación hombre-mujer que no había estado presente en ninguna de las dos culturas originales.

En este proceso, en la medida en que los hombres patriarcales lucharon para someter a las mujeres matrísticas de las que se habían apropiado, las mujeres matrísticas resistieron y lucharon para mantener su identidad matrística cediendo sólo para proteger sus vidas y las vidas de sus hijos, pero sin jamás olvidar su libertad ancestral. El niño nacido bajo este conflicto fue y es un testigo participante en él, y lo vivió y lo vive como una lucha permanente entre el hombre y la mujer que eventualmente llega a vivir como si esta lucha surgiese de una oposición intrínseca entre lo masculino y lo femenino aún en el seno de su identidad psíquica individual.

En el medio de esta lucha, el hombre patriarcal como poseedor de la madre, llegó a ser para el niño el padre, una autoridad que negaba el amor al mismo tiempo que lo exigía, un ser cercano y distante que era simultáneamente un amigo y un enemigo, en un proceso que igualaba la hombría

con la fuerza y la dominación, y la femineidad con la debilidad y la emoción. En estas circunstancias, las mujeres encontraron que su único refugio ante la imposibilidad de escapar al control y dominación posesiva de los hombres patriarcales era conservar su cultura matrística en relación a sus hijos e hijas, y, particularmente en relación a sus hijas, las que no tenían un futuro de autonomía en la vida adulta como sus hijos. Aun más, los niños de la nueva cultura patriarcal europea emergente, vivieron una vida que implicaba una contradicción fundamental en la medida en que ellos crecían en una comunidad matrística por algunos años, para entrar a una comunidad patriarcal en la vida adulta.

Tal como lo dije en una sección anterior, esta contradicción permanece aún con nosotros como una fuente de sufrimiento que no vemos, pero que es reconocida en mitos y cuentos de hadas, y que a veces es mal interpretada desde un punto de vista patriarcal ya sea como una lucha constitutiva entre el niño y el padre en la competencia por el amor de la madre, como en la noción freudiana del Complejo de Edipo, o como expresión de una desarmonía biológica constitutiva entre lo masculino y lo femenino.

En el primer caso, la legitimidad de la rabia del niño frente a un padre (hombre patriarcal) que abusa de la madre (mujer matrística), es opacada al tratarlo como expresión de una supuesta relación de competencia biológica del padre y el hijo por el amor de la madre. En la relación madre—hijo matrística no perturbada, el niño jamás tiene dudas acerca del amor de la madre, ni tampoco permite la madre ninguna competencia entre su hombre y su hijo por su amor, debido a que para ella estas relaciones ocurren en dominios completamente diferentes, y el hombre sabe, tanto que ella viene con hijos, como que su relación con ella durará sólo en cuanto él los ame.

En el caso puramente patriarcal pastoril, tampoco hay conflicto entre el niño y el patriarca, porque el patriarca sabe que él es el padre de los niños de su mujer, y que su mujer no duda de la legitimidad de su relación amorosa con ella y con sus niños, precisamente debido a que él es el patriarca. La situación del niño en nuestra cultura patriarcal europea presente es completamente diferente debido a que la lucha constitutiva matrística patriarcal en la que él crece no es sólo un aspecto ancestral del mito de la creación, sino que un proceso continuamente presente. De hecho, en nuestra cultura patriarcal europea actual, un niño está en un riesgo siempre presente de negación, tanto por parte del padre en su oposición a la madre, como a través del descuido por parte de una madre que está bajo una permanente exigencia que la lleva a distraer su atención del niño en el intento de recuperar su plena identidad llegando a convertirse ella misma en patriarca.

Repitamos esto en otras palabras. En la historia de nuestra cultura patriarcal europea, el proceso de negación de la cultura matrística prepatriarcal europea original no se ha detenido en la separación y oposición de una infancia matrística y una vida adulta patriarcal. Por el contrario, y con diferentes velocidades y distintas formas en distintas partes del mundo, el empuje hacia la total negación de todo lo que sea matrístico ha llegado hasta la infancia, en una presión que erosiona continuamente los fundamentos matrísticos del desarrollo del niño como un ser humano que crece en el autorrespeto y en conciencia social a través de una relación

madre—hijo fundada en el juego libre en total confianza mutua y total mutua aceptación (ver Verden-Zöller en el próximo capítulo).

Ciertamente este no es un curso escogido conscientemente, sino que uno que resulta de la expansión de la vida adulta patriarcal en el ámbito de la infancia en tanto se les pide o exige a la madre y al hijo que actúen con los valores y deseos de la vida adulta patriarcal. En la medida en que las exigencias de la vida adulta patriarcal son introducidas en la relación madre—hijo, la atención tanto de la madre como del niño se distrae del presente de su relación, y el niño llega a crecer en la desconfianza del amor de su madre en la medida en que ella, sin darse cuenta, cede a estas exigencias creando alrededor del niño un espacio de negación en el que su desarrollo humano normal en autorrespeto y conciencia social es distorsionado.

En el segundo caso, la oposición y desarmonía cultural que hay en el patriarcado europeo entre hombres patriarcales y mujeres matrísticas, es vivida como la expresión de una lucha entre el bien y el mal. En la cultura matrística no hay bien ni mal debido a que nada es una cosa en sí misma, y cada cosa es lo que es en las relaciones que la constituyen. En una cultura matrística las acciones inadecuadas revelan situaciones humanas de ceguera o de falta de conciencia de las coherencias normales de la existencia que pueden ser corregidas sólo a través de rituales que reconstituyen tal conciencia o capacidad para ver.

En la cultura patriarcal pastoril, a través de la emoción de enemistad, una acción inadecuada es vista como mala o perversa en sí misma, y su autor debe ser castigado. En el encuentro de la cultura patriarcal pastoril con la matrística, todo lo matrístico se vuelve perverso o una fuente de perversidad, y todo lo patriarcal se vuelve bueno o una fuente de virtud.

Así, lo femenino se vuelve equivalente a lo cruel, lo decepcionante, lo no confiable, lo caprichoso, lo poco razonable, lo poco inteligente, lo débil, y lo superficial, mientras que lo masculino se vuelve equivalente a lo puro y honesto, lo confiable, lo directo, lo razonable, lo inteligente, lo fuerte y lo profundo.

Resumamos entonces esta presentación en cuatro afirmaciones que aluden a lo que ocurre en nuestra cultura europea patriarcal hoy día:

- Nuestra vida presente como pueblo patriarcal europeo, con todas sus exigencias de trabajo, de éxito, de producción, y de eficacia, interfiere con el establecimiento de una relación madre—hijo normal, y, por lo tanto, con el desarrollo fisiológico y psíquico normal del niño o niña como un ser humano autoconsciente, con autorrespeto, y con respeto social (ver Verden—Zöller en próximo capítulo).
- El desarrollo fisiológico y psíquico inadecuado del niño o niña que crece en nuestra cultura patriarcal, se muestra en que desarrolla dificultades para establecer relaciones sociales permanentes (amor), o en la pérdida de la confianza en sí mismo, o en la pérdida del autorrespeto, o en la pérdida del respeto por el otro, así como en el desarrollo de diferentes clases de dificultades psicósomáticas en general.

- La interferencia con el libre juego madre—hijo en total confianza y en total aceptación que trae consigo la destrucción de la relación materno infantil matrística, da lugar a una dificultad fundamental en el niño o niña que crece, y eventualmente en el adulto, para vivir la confianza y el confort de la mutua aceptación y respeto que constituye la vida social como un proceso mantenido. El niño o niña y el adulto permanecen en una búsqueda sin fin de una relación de mutua aceptación que ellos no han aprendido ni a reconocer, ni a vivir, ni a conservar cuando les ocurre. Como resultado de esto, el niño o niña y el adulto siguen fracasando continuamente en sus relaciones en la dinámica patriarcal de las exigencias y la búsqueda del control mutuo que niega precisamente el mutuo respeto y la aceptación que ellos desean.
- Las relaciones de convivencia masculina—femenina son vividas como si existiera una oposición intrínseca entre el hombre y la mujer que se hace evidente en sus diferentes valores, intereses y deseos, mientras las mujeres son vistas como fuentes de perversidad y los hombres son vistos como fuentes de virtud.

El conflicto básico de nuestra cultura europea patriarcal no es un conflicto competitivo del niño con el padre por el amor de la madre tal como la noción del Complejo de Edipo nos lleva a creer, ni la desarmonía intrínseca entre lo femenino y lo masculino supuesta en él y en las terapias que nos invitan a armonizar nuestro masculino y nuestro femenino. La rabia del niño contra el padre connotada en la noción del Complejo de Edipo, es reactiva a su observación de las múltiples agresiones que su padre realiza contra su madre. El niño crece con esta rabia, negándola debido a que también es enseñado a amar al padre como la fuente de todo lo bueno, aún cuando encuentre en su vida diaria que es tanto en el dominio práctico como en el dominio emocional de la patriarcalidad paterna donde está el origen de la continua negación de los fundamentos matrísticos de su condición humana como un ser social bien integrado.

Al mismo tiempo, la oposición entre el hombre y la mujer que vivimos en nuestra cultura patriarcal europea, es el resultado de la oposición sin fin entre lo patriarcal y lo matrístico que el niño comienza a vivir en su edad temprana, al escuchar las mutuas quejas maternas y paternas, propias de la oposición de las conversaciones patriarcales y matrísticas incluidas en nuestra cultura patriarcal europea. El conflicto básico de nuestra cultura patriarcal europea está aún en la lucha entre lo matrístico y lo patriarcal que la originó, y que aún vivimos de manera extrema en la transición de la infancia a la vida adulta como veremos en un momento.

Las mujeres mantienen una tradición matrística fundamental en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con sus hijos. El respeto y aceptación mutuos en el respeto por sí mismo, la preocupación por el bienestar del otro y el apoyo mutuos, la colaboración y el compartir, son las acciones que guían fundamentalmente sus relaciones. Aún así, los niños, hombres y mujeres, deben hacerse patriarcales en la vida adulta, cada uno según su género. Los niños deben hacerse competitivos y autoritarios, las niñas deben hacerse serviciales y sumisas. Los niños viven una vida de continuas exigencias que niegan la aceptación y respeto por el otro propios de su infancia; las niñas viven una vida que continuamente las presiona para que se sumerjan en la sumisión que niega el autorrespeto y dignidad personal que adquirieron en su infancia. La

adolescencia y sus conflictos corresponden a esta transición. Los conflictos de la adolescencia no son un aspecto propio de la psicología del crecimiento, sino que surgen en el niño o niña que enfrenta una transición en la que tiene que adoptar un modo de vida que niega en él o ella todo el vivir que aprendió a querer y desear en la relación materno infantil y en las relaciones matrísticas de la infancia, y que tiene que ver con los fundamentos de su biología.

En otras palabras, la rebeldía de la adolescencia expresa el enojo, frustración y asco del niño o niña que tiene que aceptar y hacer suyo un modo de vida que ve como mentiroso e hipócrita. Este es el escenario en que vivimos nuestra vida adulta en la cultura patriarcal europea, y donde nos encontramos como hombres y mujeres, como hombres y hombres, como mujeres y mujeres, y donde la mayor parte del tiempo vivimos nuestra convivencia como un forcejeo continuo por la dominación del otro, cualquiera sea el ámbito de coexistencia en que nos encontremos. Además, nos pasa que nos sumergimos en esta lucha o forcejeo sin que nos demos cuenta de ello, como simple resultado de nuestra convivencia con nuestros padres patriarcales europeos, y no necesariamente en respuesta a su deseo explícito de que sea así.

Ese modo de vivir resulta simplemente de nuestra participación inocente en el flujo de las conversaciones de lucha y guerra en que nos sumergimos al nacer: conversaciones de lucha entre el bien y el mal, entre el hombre y la mujer, entre la razón y la emoción, entre deseos contradictorios, entre la materia y el espíritu, entre valores, entre la humanidad y la naturaleza... entre ambición y responsabilidad, entre apariencia y esencia. En la medida que crecemos inmersos en estas conversaciones contradictorias, vivimos desgarrados por nuestro deseo de conservar nuestra infancia matrística, y satisfacer los deberes de nuestra vida adulta patriarcal, y requerimos de terapia para recuperar nuestra salud psíquica y espiritual a través de recuperar el respeto por nuestro cuerpo y nuestras emociones en la armonización, como se dice, de nuestro masculino y nuestro femenino.

Sin embargo, este conflicto que nos atrapa en nuestro crecimiento como niños de la cultura patriarcal europea, es también nuestra posibilidad para entrar en la reflexión y salir de la trampa de la continua lucha en que hemos caído con el patriarcado.

Sin duda el patriarcado ha cambiado de manera diferente en distintas comunidades humanas según las distintas particularidades de la historia de esas comunidades. Así, la posición de la mujer en el hogar y fuera de él, o la esclavitud como una forma de vida económica, o la manera de ejercer poder y control, han cambiado de maneras tan diferentes en distintas comunidades, que podemos hablar de ellas como distintas subculturas patriarcales que seguimos llamando patriarcales porque se ha conservado en ellas la red fundamental de conversaciones que las constituye como tales.

Sólo el surgimiento de la democracia ha sido de hecho una amenaza al patriarcado porque surge como una expansión de las conversaciones matrísticas de la infancia de una manera que niega las conversaciones patriarcales. De modo que el hecho de que el patriarcado haya seguido distintos caminos en distintas comunidades humanas, no niega la validez de mi argumento. El patriarcado ocurre en el dominio de las relaciones humanas como un modo de ser humano; el

patriarcado no es una manera de vida "económica", es un modo de relación entre seres humanos, es un modo de existencia psíquica humana.

Como decimos en la introducción a esta colección de ensayos, el patriarcado surgió como un cambio en la configuración de deseos que definían nuestro modo de coexistencia en el medio de un vivir matrístico, y sólo un nuevo cambio en la configuración de nuestros deseos en nuestra coexistencia puede llevarnos a un cambio que nos saque del patriarcado. Y este cambio podrá pasarnos ahora sólo si queremos que nos pase.

GLOSARIO

Conversaciones:

Entrelazamiento del lenguajear y el emocionar en el que tienen lugar todas las actividades humanas. Los seres humanos existimos en el conversar, y todo lo que hacemos como tales tiene lugar en conversaciones y redes de conversaciones.

Conductas consensuales:

Coherencias conductuales que surgen entre seres vivos que viven juntos (en interacciones recurrentes) como resultado de su vivir juntos.

Consensualidad:

Participación en un dominio de conductas consensuales. La consensualidad propia del convivir de dos o más seres vivos se expande en la medida que se expande la dimensionalidad de ese convivir.

Emoción:

Lo que distinguimos en nuestra vida cotidiana al distinguir las distintas emociones que distinguimos en nosotros mismos o en otros animales, son las distintas clases de conductas. los distintos dominios de acciones en que estamos y nos movemos, ellos y nosotros en distintos momentos. En otras palabras, lo que distinguimos biológicamente al distinguir distintas emociones. son distintas dinámicas corporales (sistema nervioso incluido) que especifican en cada instante las acciones como tipos de conducta, miedo, agresión, ternura, indiferencia... que un animal puede realizar en ese instante. Puesto de otra manera, es la emoción (dominio de acciones) desde donde se realiza o se recibe un hacer, lo que da a ese hacer su carácter como una acción (agresión, caricia, huida) u otra. Por esto nosotros decimos: si quieres conocer la emoción mira la acción, y si quieres conocer la acción mira la emoción.

Emocionar:

Fluir de un dominio de acciones a otro en la dinámica de vivir. Los seres humanos en tanto existimos en el lenguaje, nos movemos de un dominio de acciones a otro en el fluir del lenguajear, en un entrelazamiento consensual continuo de coordinaciones de conductas y emociones. Es este entrelazamiento del lenguajear y el emocionar lo que nosotros llamamos conversar, usando la etimología latina de esta palabra que significa dar vueltas juntos.

Lenguaje:

Lo que hacemos cuando operamos en el lenguaje, es movernos en nuestras interacciones recurrentes con otros, en un fluir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. Es decir, el lenguaje ocurre en un espacio relacional, y consiste en el fluir en la convivencia en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, no en un cierto operar del sistema nervioso ni en la manipulación de símbolos. El símbolo es una relación que un observador establece en el lenguaje; cuando hace una reflexión sobre cómo cursa el fluir de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, asocia distintos momentos de ese fluir, tratando a uno como representación del otro.

Lenguajear:

Fluir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. En la medida en que en una conversación cambia la emoción, cambia el flujo de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. Y, viceversa, en la medida en que una conversación cambia en el flujo de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, puede cambiar el emocionar. Este entrelazamiento del lenguajear y el emocionar es consensual y se establece en el convivir.

Madre:

Mujer u hombre que cumple en la convivencia con un niño o niña la relación íntima de cuidado que satisface sus necesidades de aceptación, confianza, y contacto corporal, en el desarrollo de su conciencia de sí y su conciencia social.